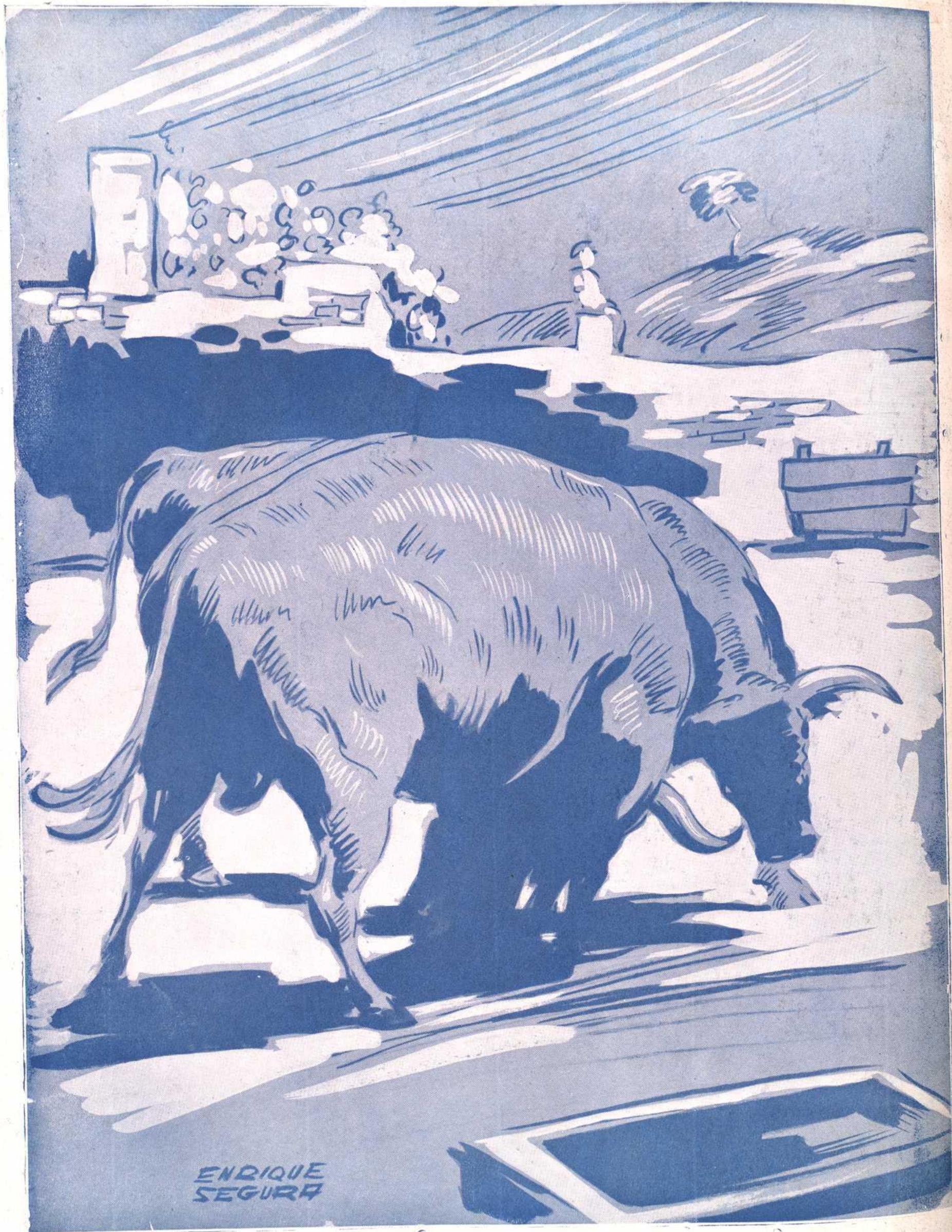


El Ruedo



2
Pias.

MAVEDRA



Dos de casta
(Dibujo de Enrique Segura.)

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

con los trofeos que conquistó
en la tercera de feria de
Bilbao (Fot. Mari)

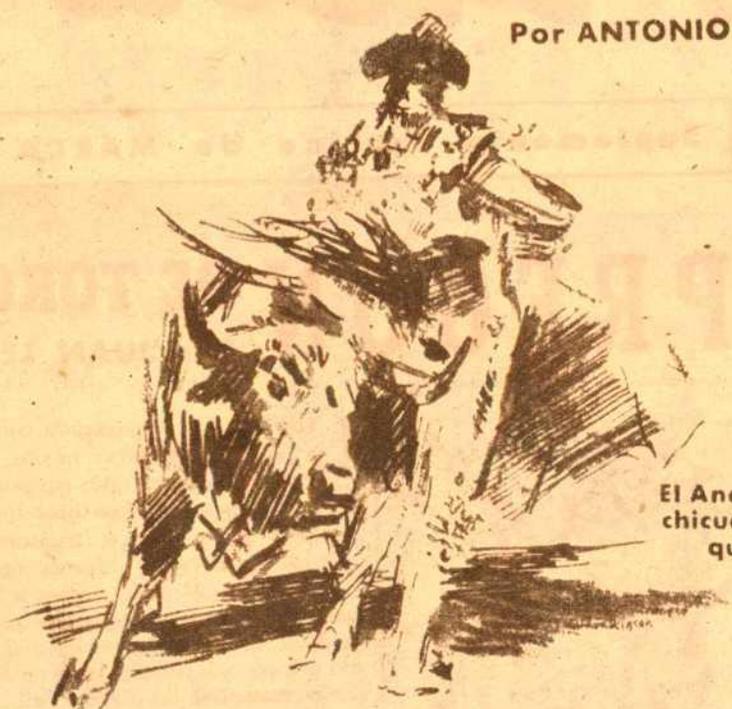


EL LAPIZ EN LOS TOROS

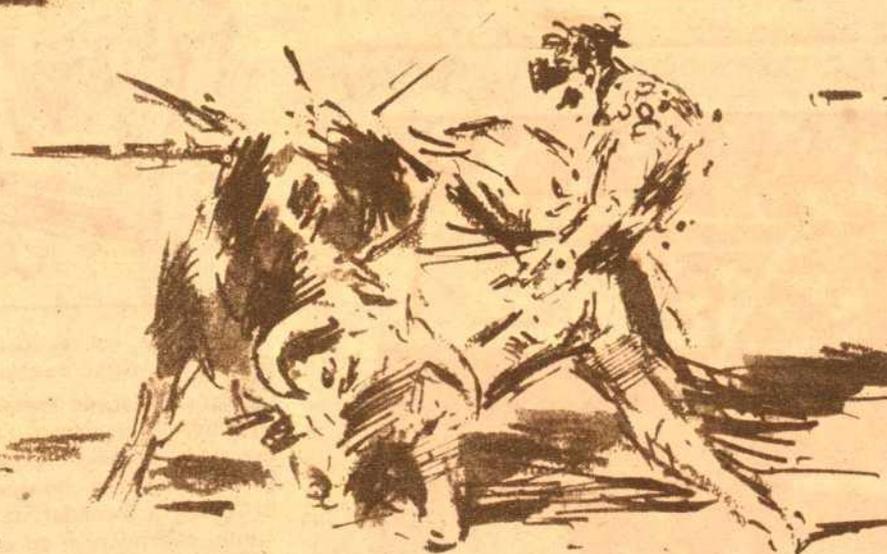
LA CORRIDA DEL DOMINGO

Por ANTONIO CASERO

El quinto toro fué fogueado, ¡cómo no!, pero de forma maravillosa, siendo ovacionados los banderilleros protécnicos

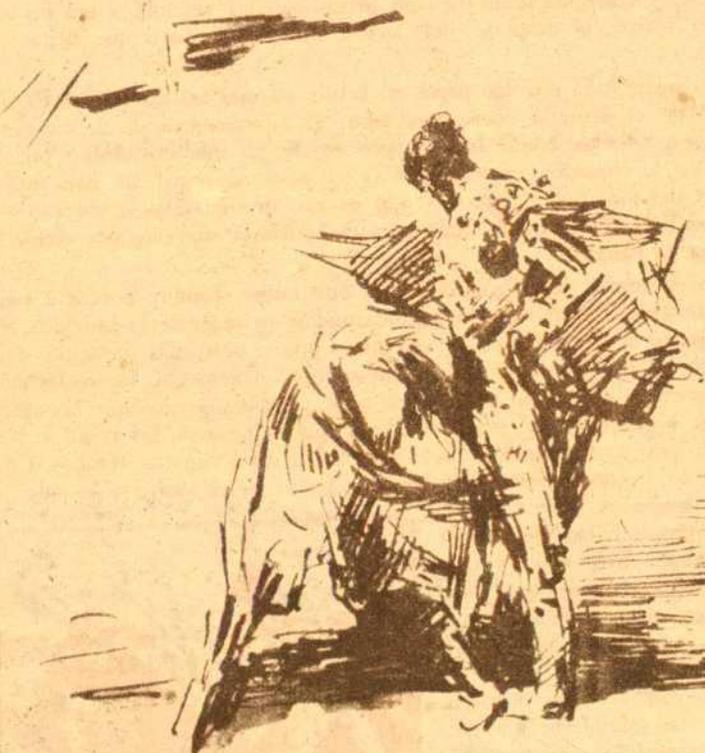


El Andaluz en ese quite por chicuelinas, que no hay quien se lo mejore...

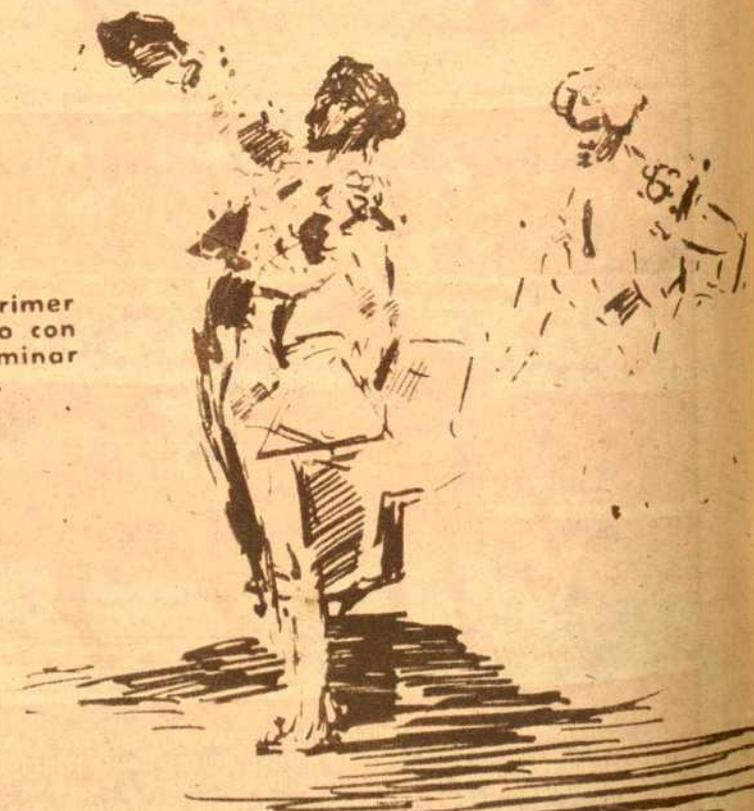


Rafael Llorente torea a su primer toro como un verdadero maestro

¡¡Aquella banderilla que fogueó la arena!!...



Liceaga en su primer toro y despedido con aplausos al terminar la corrida...



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



CREO haber demostrado con dano deben inspirar mucha confianza los pesos de los toros que se publican en la Prensa transmitidos por las Agencias de información. Se hace necesario, para formarse una idea aproximada de cómo fueron las reses de una corrida, recurrir al juicio crítico, a la reseña, pues en aquél suelen matizarse las características de los toros, aunque no en todos. Depende mucho de los cronistas. Si ellos son aficionados al toro, escriben del toro antes y mejor y más a gusto que del torero, y cuando no lo hacen así es porque el toro no fué tal toro, si es que no lo dicen esto claramente, en cuyo caso resulta tan inútil como estúpido que los pesos aparezcan después desfigurados. Pero cuando no

hay cronista, que es lo más frecuente, lo que los aficionados saben de pesos suele distar mucho de la verdad.

Para tratar de evitar esta lamentable confusión, me dirigí desde aquí mismo al Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, que acaso puede poner remedio al mal. Ignoro si este organismo habrá hecho algo en tal sentido, y por si no lo ha hecho y quiere hacerlo, le voy a formular un nuevo ruego: que los pesos se den unánimemente en arrastre o en canal.

Creía que sólo la Plaza de Madrid daba los pesos en arrastre, y las demás, en canal; pero ahora veo que San Sebastián hace igual que Madrid, y como algunos días no precisaban las reseñas si era de una u otra forma, el despiste del lector aficionado tuvo que llegar al colmo.

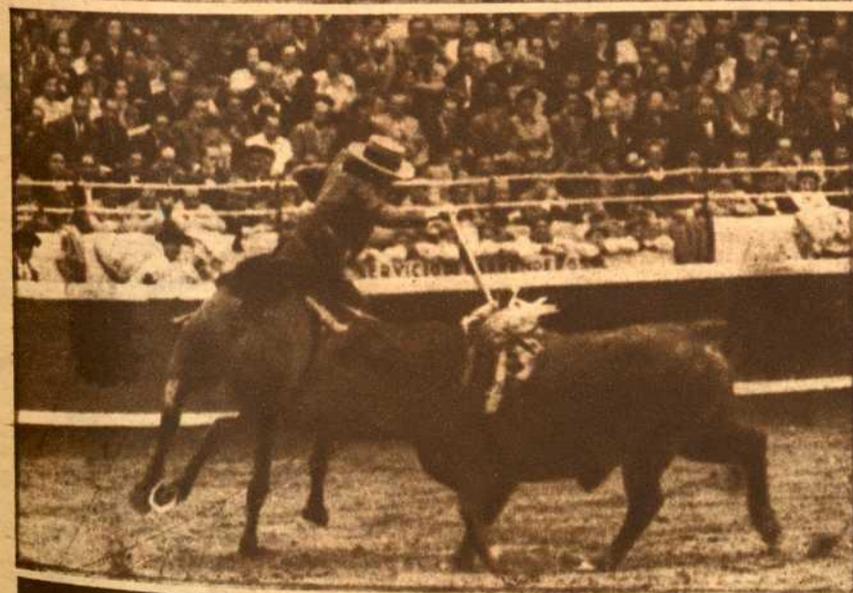
Lo justo sería dar los pesos en bruto, ya que así los fija el Reglamento en el artículo correspondiente; el mínimo exigido a las reses para ser lidiadas como toros; pero existe ya una costumbre por la cual los aficionados entienden más el peso en canal, se dan mejor cuenta del tamaño del toro. Y tan es así, que cuando se enteran del peso en arrastre tiran de lápiz para deducirle el cuarenta por ciento y conocer la canal.

No encuentro justificación a esta costumbre, común, por otra parte, a diestros, ganaderos y a cuantos andan en menesteres taurinos, ya que, aparte el Reglamento, la verdad es que el peso más parecido, casi idéntico, al del toro vivo es el que arroja en arrastre. La costumbre debe tener su origen en tiempos pasados y felices, en los que las autoridades, a simple vista, podían deducir que el peso de las reses se había ajustado al Reglamento, rebasándolo en unas cuantas arrobas. Con este visto bueno suficiente, la res pasaba al desolladero, y lo que se pesaba entonces era tan sólo lo que se había de vender por carne. Era una simple operación comercial que daba una idea a los diestros del trapío de los toros que habían lidiado.

No es cosa de hacer hincapié en que se siga este o aquel sistema; pero sí, y resueltamente, en que sea el mismo para todas las Plazas de España.



Año II -- Madrid, 30 de agosto de 1945 -- Núm. 67



Dos momentos de la actuación de la gran rejoneadora Conchita Cintrón, que en la Feria de Bilbao obtuvo un resonante triunfo. Las fotografías pertenecen a la quinta corrida del abono, y en ambas se observa el dominio que tiene en tan difícil suerte la hábil rejoneadora peruana. Tanto en el rejón como en banderillas su labor fué premiada con cálidas ovaciones. (Fotos Mari)

La corrida del domingo en MADRID



SEIS novillos de Garro Díaz Guerra para Rafael Llorente, Andaluz Chico y Eduardo Liceaga

La semana en las Ventas

TRES GRANDES NOVILLEROS



LA despedida de Rafael Llorente y la presentación de Eduardo Liceaga llevaron tanto público a la Monumental, que poco faltó para que se agotaran las localidades. Si se equivocó el público fué únicamente en no tener en cuenta a Luis Alvarez, Andaluz Chico, novillero de grandes posibilidades, al que cada vez se ve más seguro y más torero. Pero la verdad es que

Llorente y Liceaga eran las figuras de la corrida. Y resultó que los tres novilleros interesaron por igual a los espectadores.

Destaquemos la labor de Liceaga en el tercero. Era el tal novillo un bicho bronco, de mal estilo, y que tiraba cornadas por ambos lados. Liceaga lo muleteó como ya habíamos olvidado que se puede —y debe— muletear a tales bichos. Digo que hacía ya muchos años que no habíamos visto en Madrid una faena como la del joven y ya famoso novillero mejicano. El novillo era peligroso, y a estos bichos de media costa, mansos y broncos, por lo común, sólo podemos ver cómo los matadores, ayudados por los peones, se preocupan de quitarse cuanto antes de delante a su enemigo. Y como esto ocurre siempre, se ha de dar más valor a la magnífica faena de Liceaga, en la que hubo todo lo que hay cuando una primera figura tiene la fortuna de torear un toro muy bravo. Y el de Liceaga era mansísimo.

Rafael Llorente se despidió dignamente. Toreó muy bien con el capote y dominó tanto con la muleta, que el cuarto, un novillo manso y de mucho nervio, cayó a la arena, no por debilidad, y tuvo que tomar descanso después de sufrir los efectos de los muletazos que le dió el torero castellano. Pudo más la inteligencia de Llorente que el nervio del manso, una de las reses más peligrosas que se han lidiado este año en el ruedo de las Ventas. ¡Lástima que en fecha tan señalada para él no tuviera ocasión de torear reses bravas, con las que, a no dudar, hubiera demostrado cuán justificado está su ascenso de categoría.

Andaluz Chico llegó tarde a la Plaza, y no pudo hacer el paseo. Fué cosa de unos segundos. Mientras sus compañeros cruzaban el redondel, él se dirigía al burladero del 3 por el callejón. Y llegó al mismo tiempo que Llorente y Liceaga. Les alcanzó, como les alcanzó luego en el ruedo. Supo situarse a la misma altura del novillero que se iba después de una temporada cuajada de éxitos, y del que llevaba y lograba puesto de primera figura de la novillería con una faena excepcional. Para otro, la del domingo hubiera sido una novillada más; para el Andaluz fué una gran tarde.

¡Qué cinco faenas nos perdimos por culpa de los novillos! Para mí, nada se perdió. Vi a tres novilleros que supieron luchar con reses que tenían muy pocas condiciones de lidia, y eso basta. Pero para buena parte del público, ¡qué cinco faenas nos perdimos!



BARICO



Rafael Llorente, en su primer toro, lo lancea con temple. Era su despedida como novillero, y su actuación no tuvo el lucimiento que buscó la gran figura novilleril



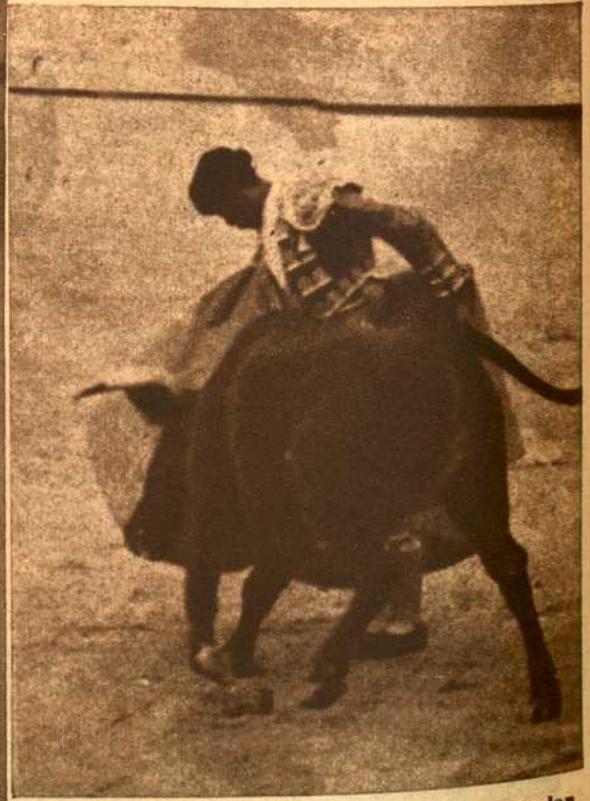
El Andaluz en su momento cumbre de la faena en el primer novillo, segundo de la tarde. Las chinelinas que logró fueron perfectas, arrancando grandes ovaciones



Estatuarios, sin enmendarse, fué el principio de la faena de muleta del diestro mejicano Eduardo Liceaga. Con el trapo rojo mostró estar enterado y la lidia que dió a su bicho le proporcionó un señalado triunfo en la Monumental madrileña. Cortó la oreja y dió la vuelta al ruedo en el primer bicho que lidió el día de su presentación



El mismo diestro —Rafael Llorente— iniciando la faena de muleta con pases en redondo. En este primer novillo que lidió fué aplaudido y dió la vuelta al ruedo



Liceaga, con el capote a la espalda, logra unos lances muy apretados. Serenidad, valor y conocimiento mostró a través de su actuación ante la afición madrileña en la tarde del domingo

DESPUES DE LA CORRIDA

"Hice cuanto pude con los dos mulos", Llorente
 "Tampoco pude demostrar lo que valgo", Andaluz Chico
 "Procuraré superarme en el futuro", Liceaga



Llorente trata de lograr faena en el bicho que le tocó en segundo lugar. Las malas condiciones del ganado lo impidieron



El Andaluz, en la ejecución de las manoleínas que dió a su primer novillo en el que dió la vuelta al ruedo



Eduardo Liceaga, después de su faena al primer bicho, dando la vuelta al ruedo, muestra la oreja que le ha sido concedida

LLORENTE

LEGA el torero castellano al difícil y arriesgado puesto de la alternativa después de un breve y triunfal periodo de novillero, en el que nos ha demostrado ser un maestro cuajado y hecho.

No obstante, al arrostrar este salto definitivo, son bastantes los que creen lo hace un poco antes de tiempo, temores fundamentados, no en una falta de conocimientos, sino en que la lucha con el toro, con los nuevos compañeros y con el público de las corridas de toros, no son los mismos que en novilladas. Estos argumentos eran esgrimidos después de la corrida por algunos probados seguidores de Rafael.

Este y su apoderado, Juanito Ramos, los escuchaban tranquilos y sonrientes. Parecían pisar terreno firme y haber sopesado cuidadosamente las ventajas e inconvenientes sobre su firme decisión adoptada.

—No niego —explicó el diestro— que la lucha será muy dura, máxima al carecer de alianzas y protecciones; pero como el valor no falta, y tampoco el deseo de auparme entre los mejores, confío que esto suplirá lo que, por otra parte, el tiempo se encargará deirme concediendo.

—¿Cuántas corridas de toros tiene firmadas?
 —Por ahora, dos en Barcelona y otras tantas en Madrid. Además, he iniciado tratos con la Empresa de Zaragoza para figurar en algún cartel de su feria.

—¿Cuándo volverá usted a la Plaza de las Ventas?
 —Vendremos —dice— el 16 o el 23 de septiembre, para que Pepe Luis se encargue de confirmar la alternativa. Acaso coincidiera con la reaparición de otro gran artista: Antonio Bienvenida.

—Bonito cartel, si además cuentan ustedes con ganado de don Carlos Núñez, como se susurra por los corrillos taurinos. Ahora, hablemos algo de la novillada.

—¿Qué quiere que le diga de la última mansada? —dice Llorente—. Mi lote se pasó la tarde con la cara en el aveo, y sus contados arrancadas eran para desarmar y derrotar por ambos lados. ¡Mal género en una fecha para mí de tanta responsabilidad!

Hice cuanto pude con aquellos mulos. En cambio, para el público pasó inadvertida mi labor con el segundo, que es el novillo más difícil entre los dieciocho que he lidiado este año en Madrid.

—¿Qué quiere que le diga de la última mansada? —dice Llorente—. Mi lote se pasó la tarde con la cara en el aveo, y sus contados arrancadas eran para desarmar y derrotar por ambos lados. ¡Mal género en una fecha para mí de tanta responsabilidad!

Hice cuanto pude con aquellos mulos. En cambio, para el público pasó inadvertida mi labor con el segundo, que es el novillo más difícil entre los dieciocho que he lidiado este año en Madrid.

—¿Qué quiere que le diga de la última mansada? —dice Llorente—. Mi lote se pasó la tarde con la cara en el aveo, y sus contados arrancadas eran para desarmar y derrotar por ambos lados. ¡Mal género en una fecha para mí de tanta responsabilidad!

Hice cuanto pude con aquellos mulos. En cambio, para el público pasó inadvertida mi labor con el segundo, que es el novillo más difícil entre los dieciocho que he lidiado este año en Madrid.

—¿Qué quiere que le diga de la última mansada? —dice Llorente—. Mi lote se pasó la tarde con la cara en el aveo, y sus contados arrancadas eran para desarmar y derrotar por ambos lados. ¡Mal género en una fecha para mí de tanta responsabilidad!

Hice cuanto pude con aquellos mulos. En cambio, para el público pasó inadvertida mi labor con el segundo, que es el novillo más difícil entre los dieciocho que he lidiado este año en Madrid.

han dado caso como el suyo, de que de seis toros lidiados haya habido que tocar los lomos de cinco y devolver uno al corral por haber batido el récord de mansedumbre.

Se entabla una discusión acerca de si los toros despachados por los otros dos espadas eran mejores o peores que los del torero sevillano.

Andaluz, que al principio dejó hablar, acaba por decir muy amoscado:

—¡Basta ya, señores! Que yo fui el que hoy se puso delante de los toros, y puedo decir que el lote más incómodo y molesto fué el mío.

—¿Cubia haber hecho algo más de lo que hiciste a tus dos cornúpetas? —pregunto.

—Con ganado como el de hoy sólo cubia estar breve, dentro de lo más torero posible. Tampoco hoy hubo ocasión propicia para demostrar a mis amigos y enemigos que lo mismo toreo con la muleta que con el capote.

Los amigos de discutir se enzarzaron en otro animado debate, esta vez acerca de si los toros frenaban o no; pero éste es otro de esos asuntos que no pasarán a la posteridad precisamente.

Espero con impaciencia que un día, en el ruedo madrileño, me salga un toro que embista regularmente, para poder ofrecer a los aficionados madrileños lo poco que sé, que indudablemente es más de lo que hasta ahora he hecho con los novillos que me han tocado en suerte, de los cuales la mayoría han sido toqueados.

LICEAGA

Por su tez bronceada a lo Cagancho, más se asemeja este muchacho a nuestras más genuinas figuras de la ganadería torera que a un criollo mejicano.

Acaba de llegar de la Plaza, y mientras las manos de las de Monasterio —su mozo de espadas— le van quitando la enbarazosa pesadumbre de la ropa de oros y sedas, Eduardo, sin jactancia ni envanecimiento, traduce su contento en frases de gratitud para la afición madrileña por la benévola acogida dispensada. La estima superior a la labor que hoy pudo desarrollar con toros desprovistos de arrancadas francas.

—A mi primero —explica— lo tuve que aguantar bastante, hasta provocarle la arrancada. El último de la corrida acaso estuviera reparado de la vista, y éste fuera el motivo de sus defectuosas embestidas. Las imborrables atenciones del público de Madrid constituyen un poderoso acicate para que, por mi parte, procure no defraudarle en nuevas actuaciones.

—A mi primero —explica— lo tuve que aguantar bastante, hasta provocarle la arrancada. El último de la corrida acaso estuviera reparado de la vista, y éste fuera el motivo de sus defectuosas embestidas. Las imborrables atenciones del público de Madrid constituyen un poderoso acicate para que, por mi parte, procure no defraudarle en nuevas actuaciones.

—A mi primero —explica— lo tuve que aguantar bastante, hasta provocarle la arrancada. El último de la corrida acaso estuviera reparado de la vista, y éste fuera el motivo de sus defectuosas embestidas. Las imborrables atenciones del público de Madrid constituyen un poderoso acicate para que, por mi parte, procure no defraudarle en nuevas actuaciones.

—A mi primero —explica— lo tuve que aguantar bastante, hasta provocarle la arrancada. El último de la corrida acaso estuviera reparado de la vista, y éste fuera el motivo de sus defectuosas embestidas. Las imborrables atenciones del público de Madrid constituyen un poderoso acicate para que, por mi parte, procure no defraudarle en nuevas actuaciones.

—A mi primero —explica— lo tuve que aguantar bastante, hasta provocarle la arrancada. El último de la corrida acaso estuviera reparado de la vista, y éste fuera el motivo de sus defectuosas embestidas. Las imborrables atenciones del público de Madrid constituyen un poderoso acicate para que, por mi parte, procure no defraudarle en nuevas actuaciones.

—A mi primero —explica— lo tuve que aguantar bastante, hasta provocarle la arrancada. El último de la corrida acaso estuviera reparado de la vista, y éste fuera el motivo de sus defectuosas embestidas. Las imborrables atenciones del público de Madrid constituyen un poderoso acicate para que, por mi parte, procure no defraudarle en nuevas actuaciones.

Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



Rafael Llorente

"¡Quiéren agua, fresquita, agua!"
 "¡Abanicos para el sol y la sombra!..."
 "¡Emblemas!"
 "¡Para no esperar en la cola!"... Los presones se mezclan y confunden en el gran hervidero de la entrada a la Plaza... Después, la ducha fría de los oscuros pasadizos, y al fin, el deslumbramiento del coso.

Para este gran espectáculo, el mejor del mundo, hacen falta ojos de águila y corazones valerosos. ¡Qué hermosa fiesta..., aunque sea la de una novillada!

Los que recogen las letras de los anuncios del ruedo parece que preparan las mortajas para los caballos muertos.

Como grandes cirios, con luz de plata en las puyas, desfila la procesión de las picas.

El Andaluz, que ha llegado tarde, hace el paseillo entre barreras, y sus banderilleros —colegiales castigados— se escurren detrás del maestro por el callejón.

Llorente da un puntapié a una banderilla, que sale despedida hacia la barrera en tiro rasante. Y, claro, la gente grita: "¡Gol!"



El Andaluz

Pero este Llorente, ¿se despide de veras de novillero? ¿Quién le ha engañado? Cuando levanta la muleta, parece que va a retratar al toro. Tiene el repertorio más limitado que conocemos. Y se atreve a dar la vuelta al ruedo después de haber despachado a su novillo de un indecente bajonazo.

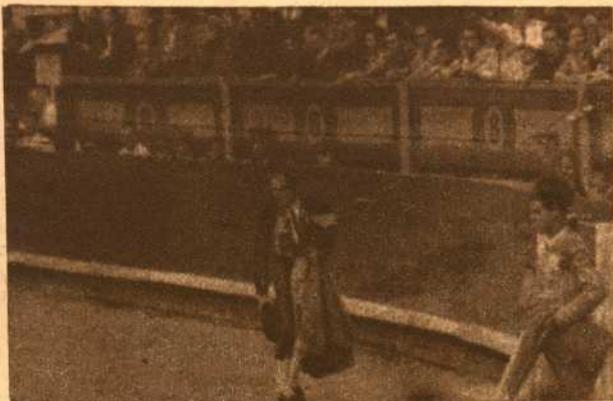
Andaluz hace un quite lleno de música flamenca, un quite por alegrías.

¡Qué sorpresa la de Liceaga!... Al principio nadie recordaba su apellido, que parece el nombre de un caserío vasco. Todos le señalaban diciendo: "Ese es el mejicano nuevo." Pero después de su admirable y valerosa faena a un novillo manso, su nombre estaba ya en todos los labios. ¡Lo que puede el ser torero!

¿Por qué no ponen en los rihletes de fuego castillos y ruedas como en los fuegos artificiales?... He ahí una innovación que brindamos a los modernos pirótecnicos, que por ahora no hacen sino darnos en esas banderillas una versión condensada de las famosas "tracas" valencianas.



Eduardo Liceaga



Nicolás, banderillero de El Andaluz, corresponde a la ovación que le tributa el público por la perfecta ejecución de la suerte de banderillas (Fots. Mari y Baldomero)

F. MENDO

ESCUELAS DE TAUROMAQUIA

Personal y sin cánones

Por JOSE CARLOS DE LUNA



excelentísimos señores don Manuel González Salmón y don Luis López Ballesteros, secretarios de despacho de Estado y Hacienda, respectivamente, y las rasposas ironías y tiquismiquis políticosociales que sorteó el asistente de Sevilla don Manuel Arjona para dar cima al castizo empeño.

Parece deducirse de las declaraciones del que fué su maestro-director, Pedro Romero, que el fin que la tal Escuela perseguía no era sino acostumbrar a los neófitos aspirantes a torero, al ganado bravo, «andando entre sus embestidas», y, ya pasadas las primeras letras, enseñarles de manera práctica el menester de rematar a los enemigos recibidoslos «a muerte» como entonces mandaban los cánones, casi limitados a sacar el pellejo sin chafaduras ni botanas. Nueve reales de jornal ponían a cubierto de la miseria la gloriosa vejez de Pedro Romero, y él dió a su cometido cuanto pudo y supo —que no era poco—, sin conseguir doctorar sino a tres o cuatro figuras, que luego brillaron por cuenta propia, no pudiendo atribuirse sus posteriores triunfos a las enseñanzas en la Aula terrera de la discutida Facultad, sino al personalísimo modo que distinguió al «Chielanero» de Cúchares y a «Paquiro» de entrambos.

Por aquellos días se mataba mucho ganado bravo en los mataderos, y el municipio de Sevilla ponía el mingo, como es lógico. Con cantera a mano, encontró la Escuela de Tauromaquia de la ciudad del Betis abundantes obras de texto en las que *pedagojear*, sin reparar mucho en la casta, ya que la bravura y el *pajunismo* se confundían en los carteles, porque el toro a pie era embrionario, y a pocas acometidas, soslayadas con más o menos gracia, entraba en funciones la guapeza para salir del durillo paso.

Quizá esté equivocado; pero se me antoja un mito rematar hoy de manera sistemática cincoños de casa, citándolos a la firme con un castoreño como engaño y el espadón montado a la altura del hombro. La fiereza de aquel ganado basto y con poco o ningún nervio podía afrontarse con lecciones que exaltarán la hombría, sin otros arrequives.

Pero nos salimos del caminito real, tiscando a gusto y sin objeto.

Una Escuela de Tauromaquia sería, en los tiempos que corren, absurda y descabellada, si es que no nos contentamos con llamarla pueril. En primer lugar, porque, ligado el toro a un arte que tiene mucho de coreográfico —sin que mi apreciación envuelva menosprecio— y de espectacularidad preciosista, en la azotea, en la salita baja o en la misma calle se instrumentan faenas de maravillosa inspiración, casi con el mismo riesgo —para un hombre fuerte, ágil y con vista— que en el ruedo, frente a un toro esmirriado y agónico. Y en segundo término, porque si la hora de la verdad no se ajusta a la máxima, huelgan las inyecciones a priori y toma carta de naturaleza lo de que cada maestrillo tiene su librillo.

Quiero decir, resumiendo, que es cosa tan personal el toro y tan al margen de cánones previstos, que ni siquiera supone un tanto a favor la familiaridad con los toros. Así, vemos triunfar en los ruedos a un gañán de la meseta castellana y fracasar a maletillas pintureros de Sanlúcar la Mayor y de Lebrija, sedes de casticísima taurofilia.

Hoy, en una Escuela de Tauromaquia, se entronizaría la entelequia, condenada, por ende, al fracaso más rotundo, sin meternos en otras consideraciones que pudieran definirla más lamentablemente.

Si la generosa idea del novel ganadero se apoya en otra directriz —que casi suponemos—, no hay para qué emparejarla con la didáctica, quedese en conveniencia de tentaderos y gimnasia física, compatible —como el fútbol— con las actividades profesionales en que cada quisque matriculado despunte o vegete para ganar el pan de cada día, que si no dan abasto los diestros sindicados para tentar el enjambre de becerras que nos amenaza, pueden constituirse equipos que, a jornal, llenen el menester. Y si como simple dirección se juzga un tentadero, ¿para qué llegar a las placitas camperas con matrícula de honor?



QUINTA DE FERIA DE SAN SEBASTIAN



Bellas artistas del Casino de La Playa, que presidieron la quinta corrida de abono



Conchita Cintrón, que obtuvo un señalado triunfo en la quinta corrida alavando un refón



Pepe Bienvenida banderilleando al primer toro que lidió en dicha corrida del abono donostiarra



El Estudiante remata con media verónica, a la salida de un quite, alternando con Bienvenida y Fermín Rivera



El mejicano Fermín Rivera se ciñe en uno de los pases de muleta al toro que cortó la oreja (Fots. Marín)

JUICIO CRITICO

SAN SEBASTIAN (De nuestro Corresponsal Alfredo R. Antigüedad).—Una corrida de Miura. Una corrida grande y bien armada. Los espadas anunciados —El Estudiante, Pepote y Fermín Rivera— no sufrieron ninguna luxación en la muñeca, ni se resintieron lo más mínimo sus hombres. Ha sido, hasta ahora, la única corrida en que no ha sido preciso introducir modificación en los carteles.

El Estudiante y Pepe Bienvenida no han quedado muy satisfechos ni de sus lotes ni del público.

Fermín Rivera, en cambio, ha consolidado su cartel en esta Plaza. Cortó una oreja, como había hecho en su otra actuación. Toreó con suavidad y con estilo, y echó a sus faenas una enorme cantidad de valor. Tuvo una buena tarde, y lo mismo en el que desorejó que en el manso de Ceballos, lidiado en último lugar, mostró una excelente clase de torero.

Conchita Cintrón, con el adelanto de las simpatías femeninas, conquistó un gran éxito rejoneando un novillo de Gabriel González.

LAS DE FERIA EN BILBAO

**PRIMERA CORRIDA
ARMILLITA,
PEPE LUIS Y CHONI
CON TOROS DE
MIURA**



Armillita Chico en un par de banderillas a su primer toro en la corrida de feria bilbaína

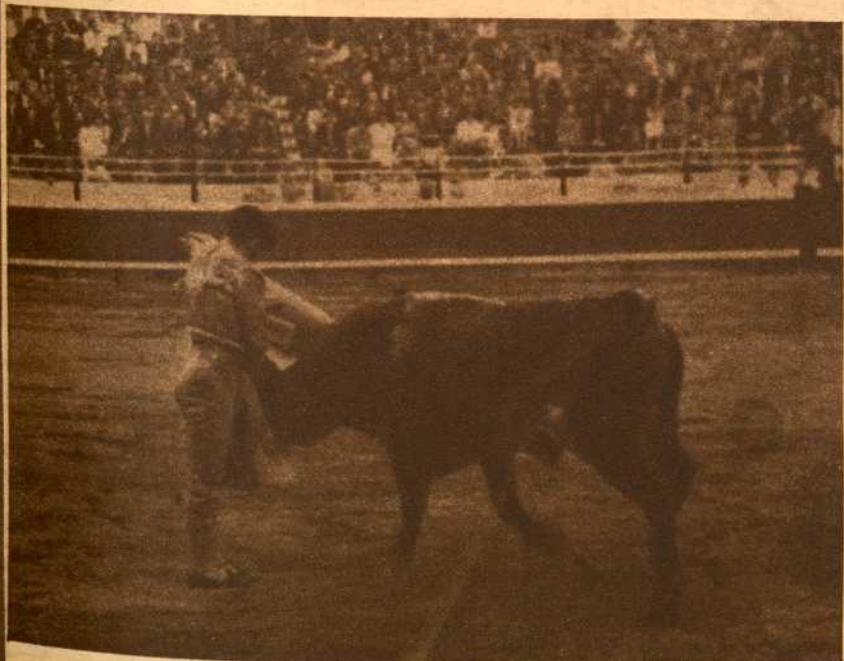
Pepe Luis Vázquez, con su gracia torera característica, muletea con quietud y temple a su primer enemigo, al que hizo una brillante faena, coreada por el público



En el cuarto de la tarde, Fermín Espinosa se lució con las banderillas, clavando tres magníficos pares. La fotografía recoge uno de ellos



Un pase por alto de El Choni en la primera corrida de feria de Bilbao (Fots. Elorza)



Pepe Luis Vázquez toreando de capa a su segundo toro, que, como los demás, resultó manso y bronceote



Un magnífico puyazo de lo poco bueno que se vió en la primera de feria bilbaína. Pepe Luis y El Choni dispuestos al quite

2.º CORRIDA

**PEPE LUIS VAZQUEZ,
CAÑITAS y PARRITA
con toros de don
Alipio Pérez**

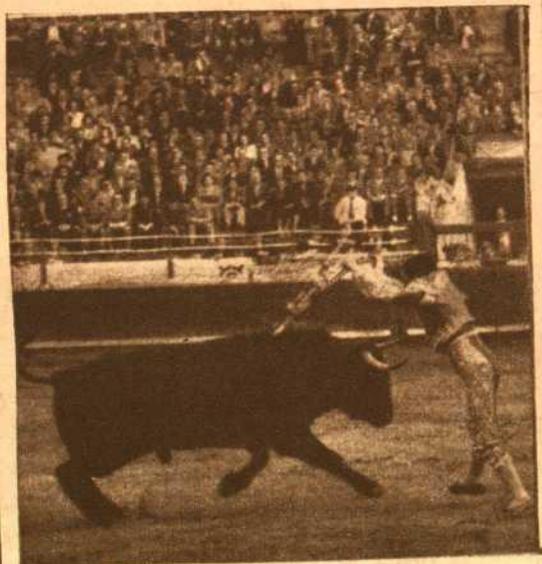
Las de feria de Bilbao



Cañitas toreando de muleta al toro del que cortó las orejas y el rabo



Un ajustado pase con la derecha, del mejicano, al mismo toro



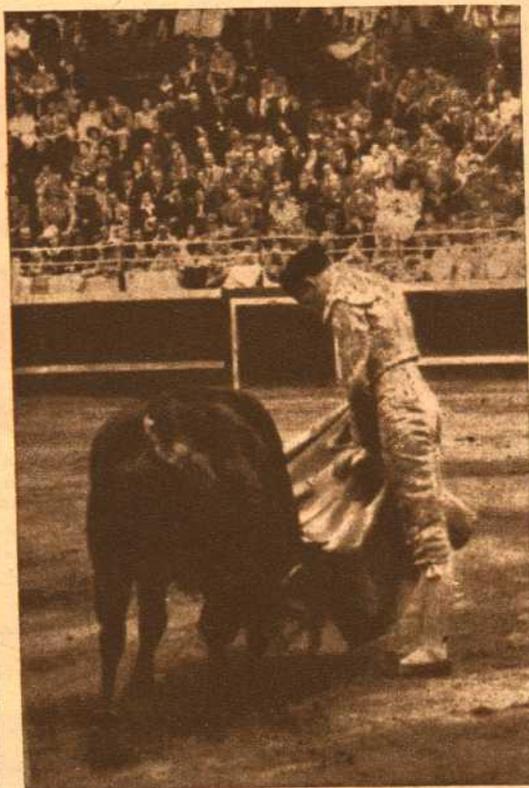
Un buen par de banderillas de Carlos Vera



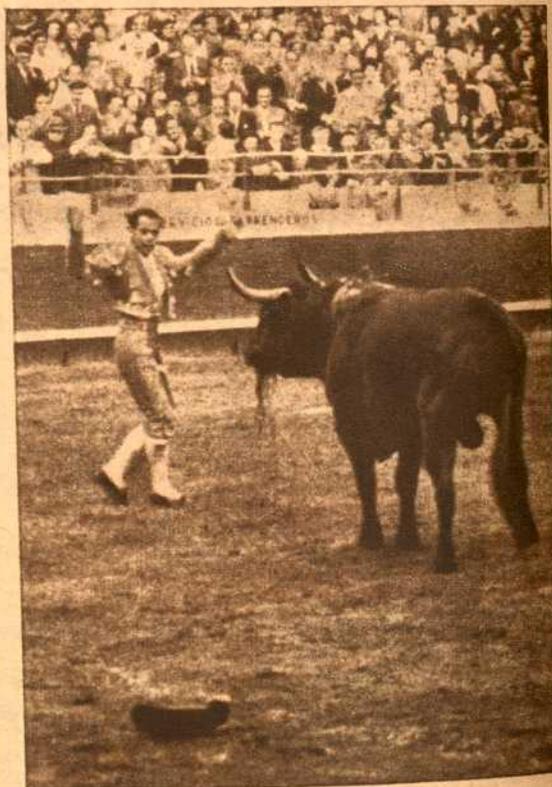
Pepe Luis Vázquez toreando de capa a su segundo, en el que fué aplaudido



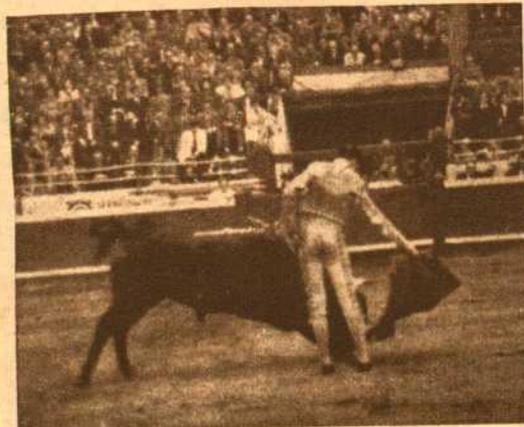
El quinto de la tarde, que se rompió un cuerno al salir de una vara



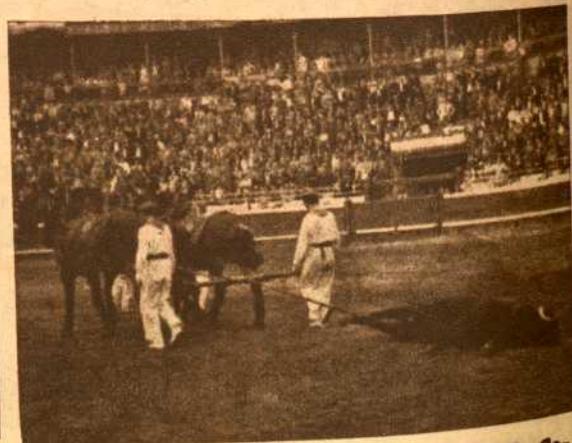
Un coñido lance de capa de Parrita



Cañitas, después de la estocada a su primero



Parrita en un pase con la derecha, al último toro de la segunda de feria de Bilbao



Las mulillas arrastran al segundo toro de Cañitas, que se rompió el cuerno

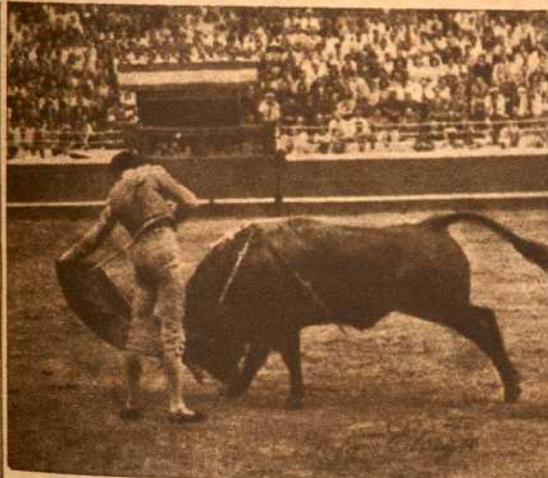
**TERCERA CORRIDA
ARMILLITA, PEPE LUIS,
LUIS MIGUEL y PARRITA**



Armillita en la faena a su segundo toro, a base de naturales, cortando la oreja



Un pase por alto del sevillano Pepe Luis Vázquez, que, como sus compañeros, cortó oreja



Luis Miguel Dominguín en un natural con la izquierda



Parrita fué otro de los triunfadores en la tercera de feria. Con enorme suavidad y temple logra sacar naturales como éste al bicho del que cortó la oreja

Las de feria de Bilbao



Los ganaderos Atanasio Fernández, Alipio Pérez y el conde de la Corte, con Cañitas, autoridades y aficionados bilbaínos



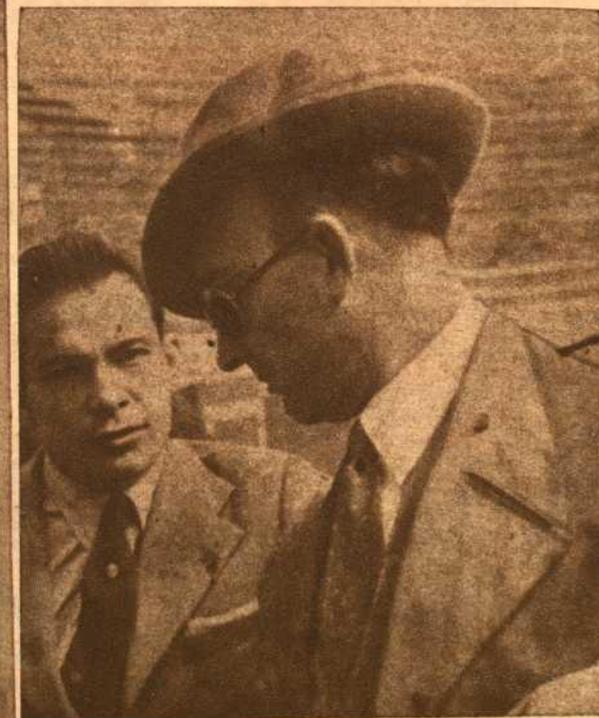
Don Atanasio Fernández, durante el apartado de la corrida que envió y que fué lidiada en la tercera, charla con algunos aficionados



Pepe Luis saluda al público, que le ovaciona por su faena en el segundo de la tarde



Parrita, después de cortar la oreja, responde a los aplausos de los aficionados bilbaínos



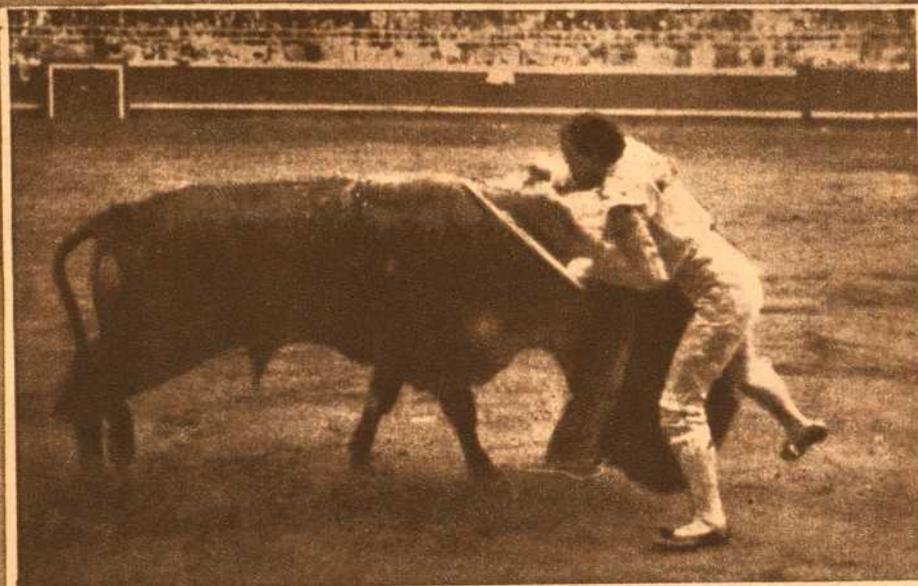
Camará, apoderado de Manolete, y Cañitas durante el apartado de las reses



Armillita, como sus compañeros de cartel, da la vuelta al ruedo, con la oreja del bicho (Fot. Elosa)

Las de feria de Bilbao

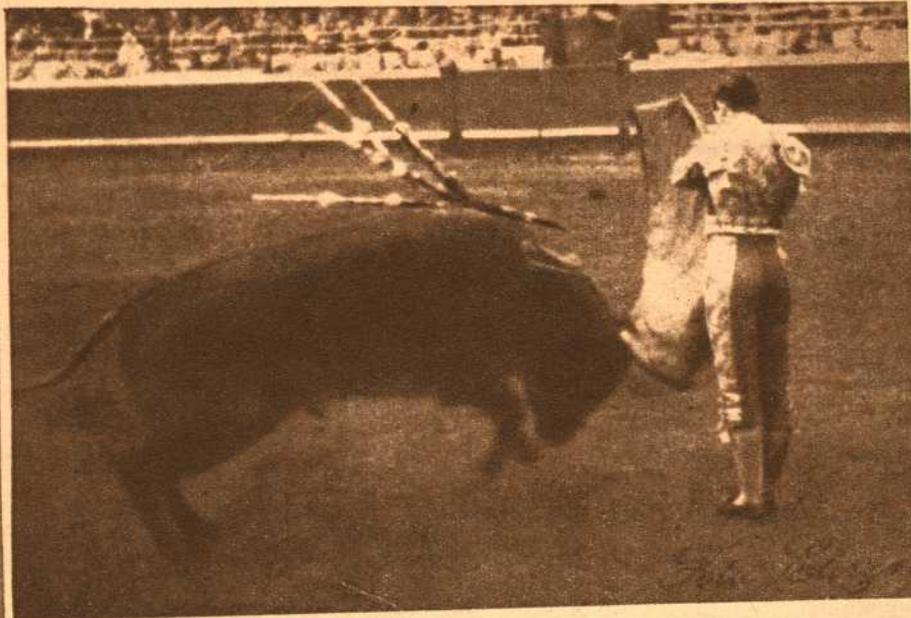
**CUARTA CORRIDA
CAÑITAS, PEPIN MARTIN
VAZQUEZ Y PARRITA**



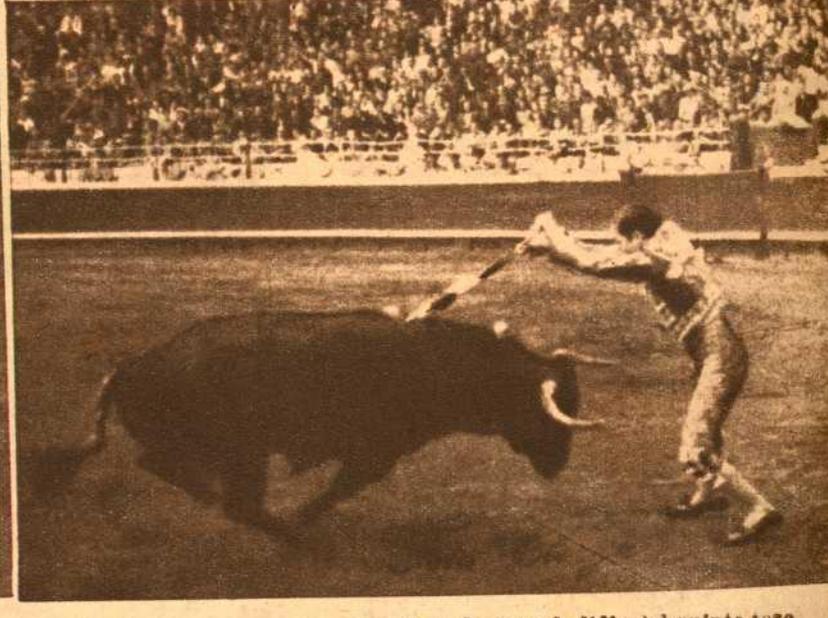
Cañitas, que obtuvo un triunfo matando al segundo toro suyo, se vuelca materialmente



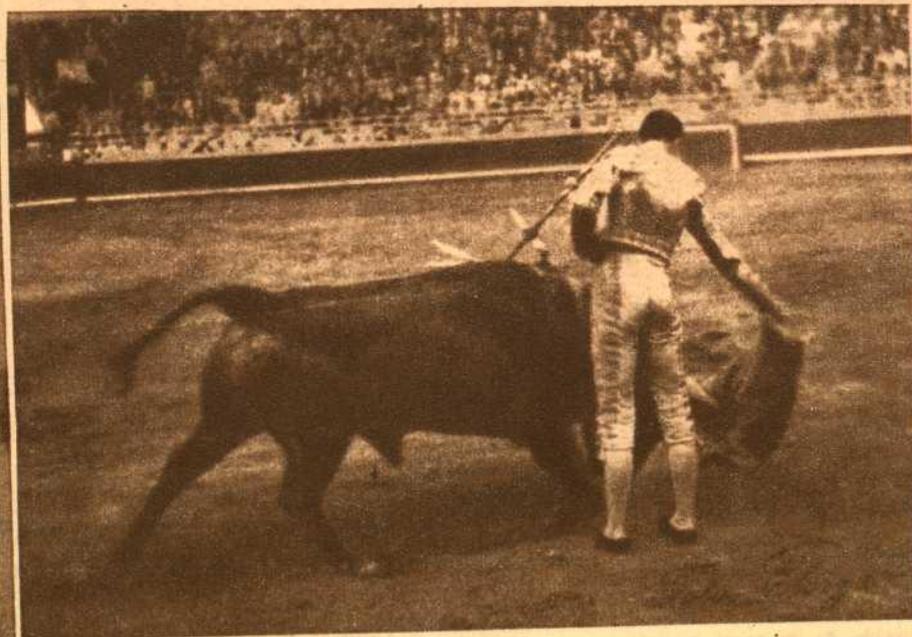
Pepín Martín Vázquez en un pase por alto al bicho del que cortó la oreja



Pepín Martín Vázquez se estira en un ayudado por alto a su primer toro



Pepín clavando un par al cambio, durante la lidia del quinto toro



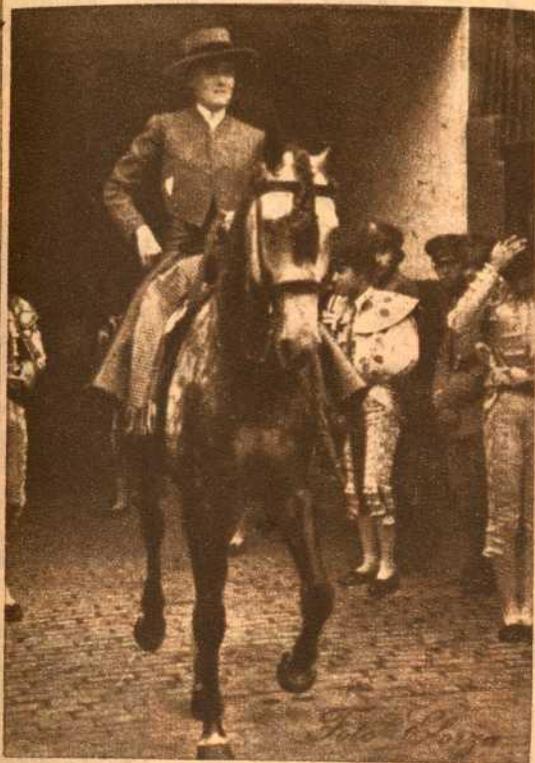
Parrita lancea suavemente al último toro que se lidió en la cuarta corrida de la feria bilbaína



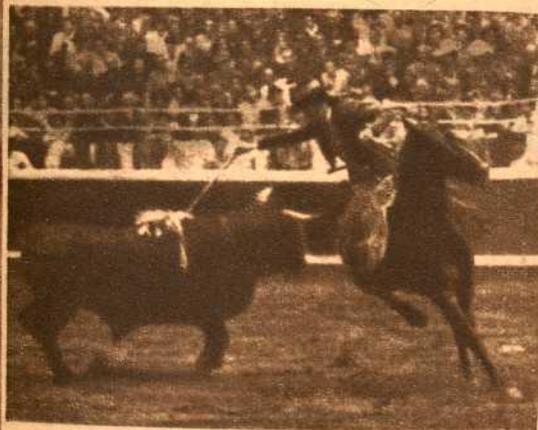
Parrita templea en un ayudado por alto en el toro que le correspondió en segundo lugar (Fots. Elorza)

5.º CORRIDA

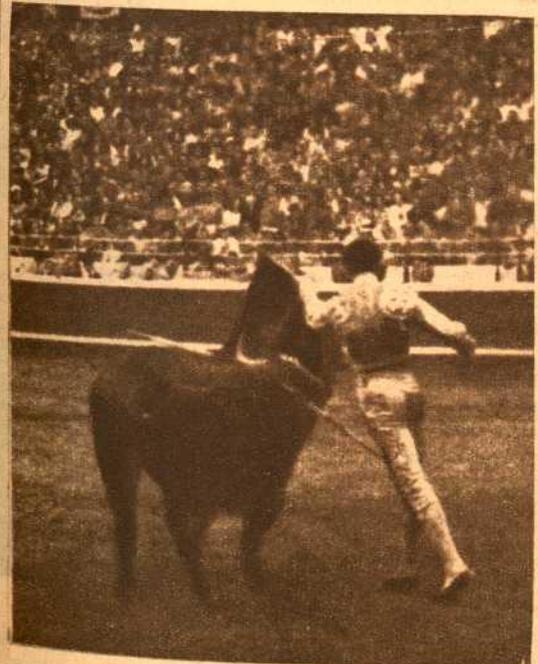
**Conchita Cintrón, Armillita,
Luis Miguel, Pepín M. Vázquez**



Conchita Cintrón, al frente de las cuadrillas, dispuesta a hacer el paseillo en la quinta de feria de Bilbao

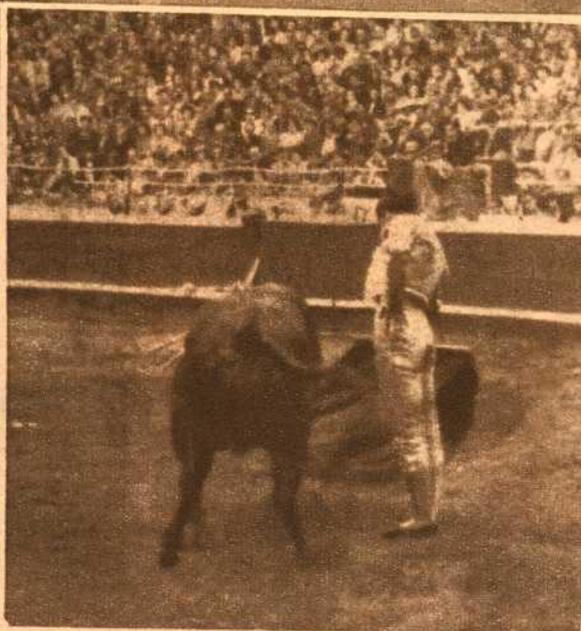


Conchita clava un rejón en todo lo alto

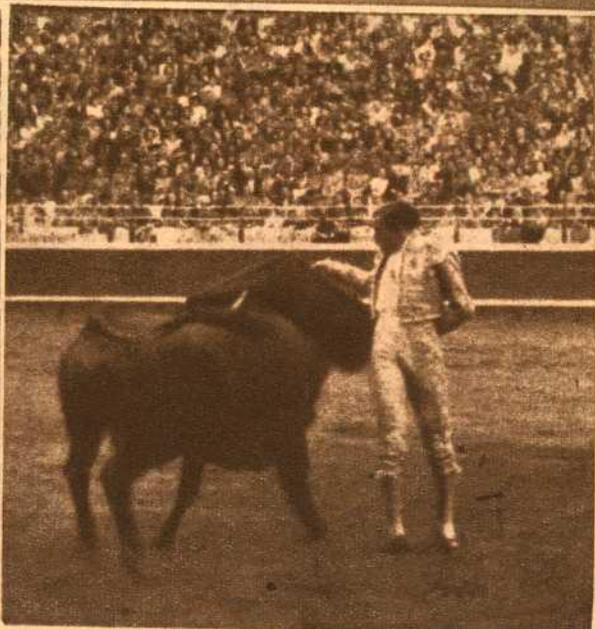


Armillita en un pase de pecho con la izquierda

Las de feria de Bilbao



Fermín Espinosa en un pase en redondo



Armillita Chico toreando por manoletinas



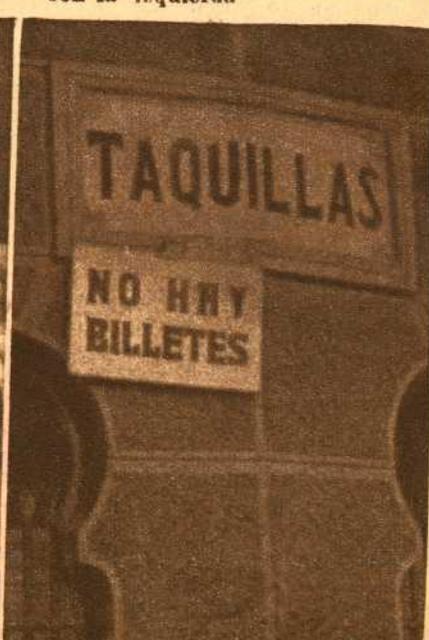
Un muletazo por alto de Luis Miguel Domingo



Pepín Martín Vázquez en un buen natural con la izquierda



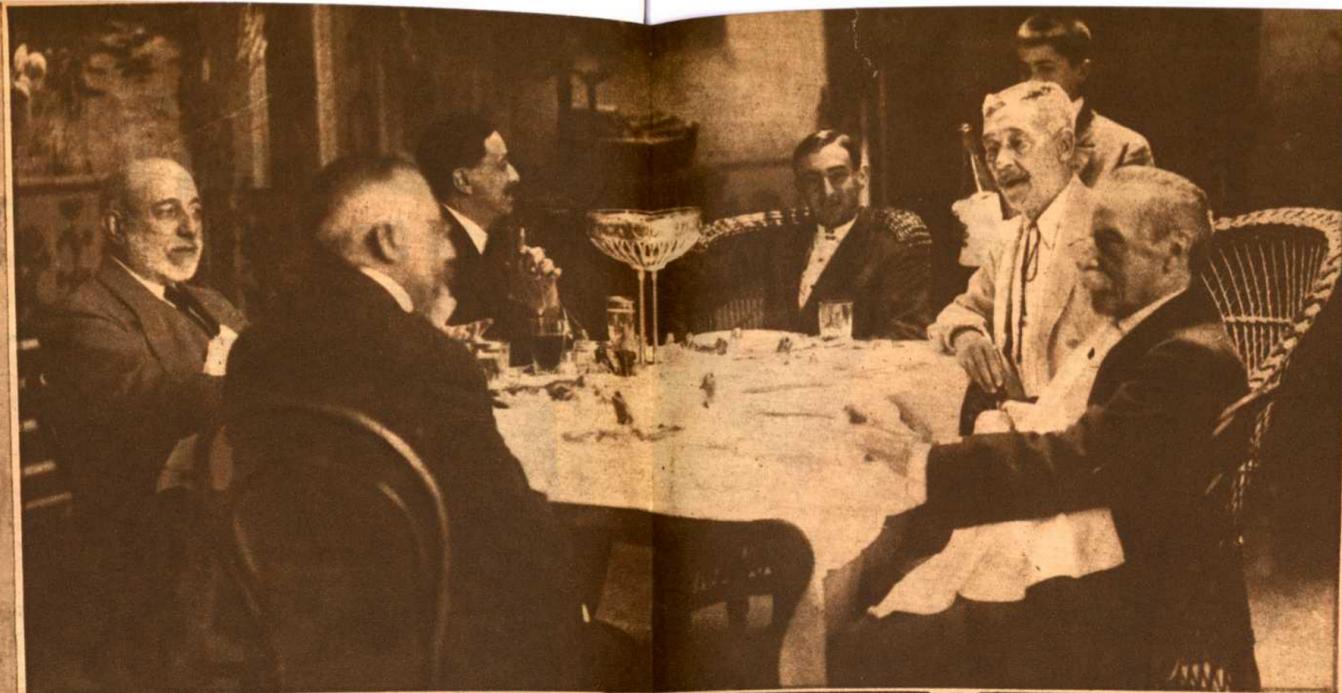
Aurora Redondo y Valeriano León presenciando la quinta y última corrida de la feria bilbaína



Colofón: Del éxito de las corridas de Bilbao es muestra elocuenta este cartelito (Foto. Elorza)



Joselito, en los años en que comenzaba a sonar como gran figura de la tauromaquia. Aun no había tomado la alternativa.



El menor de los Gallo, a su paso por Valencia, es obsequiado en casa del gran aficionado levantino señor Moreder. Con Joselito se han reunido los más destacados admiradores del diestro de Gelves.



José Gómez, el maestro, fotografiado en su época de matador de toros durante la estancia en Madrid.

J O S E L I T O

APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA, por Felipe Sassone

CAPITULO IX

TERMINÉ el capítulo anterior diciendo que Joselito y Belmonte eran distintos, pero que los dos contribuyeron a un mismo fin. Y ahora me pregunto a mí mismo: ¿cuál fué ese fin, mejor, esos fines o esos resultados a los que Joselito y Belmonte, andando por diversos caminos, llegaron conjuntamente?

Acortar las distancias entre el lidiador y el toro; eliminar la división, hasta entonces precisa e inevitable, entre los terrenos del cornúpeto y los del diestro; retardar los tiempos de los lances para enriquecer de plasticidad y de ritmo la figura y el movimiento, y agrandar, en fin, con pluralidad de lances el toreo, haciendo todo lo que antes se había hecho y yacía olvidado, y mucho nuevo que hasta entonces no se había podido hacer y se consideraba imposible.

Antes de que alguno oponga, a guisa de reparo, que en lo de acortar las distancias, en lo de torear ceñido, se ha llegado a extremos que no alcanzaron nunca ni Juan ni José, diremos que ello es verdad; pero que esas distancias se han acortado hoy más a medida que se han achicado —por obra de criadores industrioses— las cabezas de los toros, y que de todas maneras sin la obra de aquellos, que el público asombrado llamó por primera vez *fenómenos*, y que dieron los primeros pasos, no pisarían los toreros actuales el terreno que pisan.

La transformación del toreo por innovación, y por aumento de belleza y peligro, que era enriquecerlo de una emoción doble, ¿fué un propósito deliberado en ambos maestros? Tal vez no. Desde luego, en Belmonte no, que no pretendía fundar escuela, ni quería enseñarle a nadie, ni hubiera podido, un arte que no era fruto de sabiduría, sino hallazgo inesperado y casi milagroso de su celo, de su codicia, de su porfía, y de su valor. Porque él carecía de facultades físicas y se enfrentaba con un rival plétórico de ellas, y no podía adoptar el mismo sistema, y así opuso a la seguridad la audacia y a la sabiduría la heroicidad. En Joselito tal vez sí pudo ser deliberada, si no la transformación, la reconstrucción del toreo en toda su variedad. Porque Joselito procedía de casta de toreros; había recogido una larga tradición oral; había escuchado con atención cuantas proezas de toreo afiligranado y gracioso le contaban de su padre; había visto a sus hermanos, sobre todo a Fernando, realizar toreando de salón lo que nadie se atrevía a hacer ante los toros, pero que antes se había hecho, y se sentía capacitado para resucitar todo aquello que poco a poco se había ido muriendo en el ciclo de franca decadencia abierto desde la desaparición de Guerrita hasta su propia aparición. Joselito había nacido en el campo, se había criado en él, y desde muy niño, por razón de una afición que llevaba en la sangre y que bebía en el ambiente, anduvo en todas las faenas taurinas de herraderos, tentaderos y acosos; se movió entre los toros a pie y a caballo, y así, en cuanto abrazó la profesión, pensó en la lidia en general, en el cuidado y dominio del toro en todo momento y en todos los tercios, y estudió y aprendió

prácticamente en la variedad de condiciones de las reses que torea bala que no podía aprender en los libros. Yo me atreví a decir, de paso, que no existe en verdad ningún libro que enseñe a torear; ni siquiera los de Pepe Hillo y Montes, y Guerrita, por ellos dictados sin claridad docente y por otros mal escritos, contienen verdadera ciencia taurómaca. En dichos libros se describen, a la buena de Dios, las

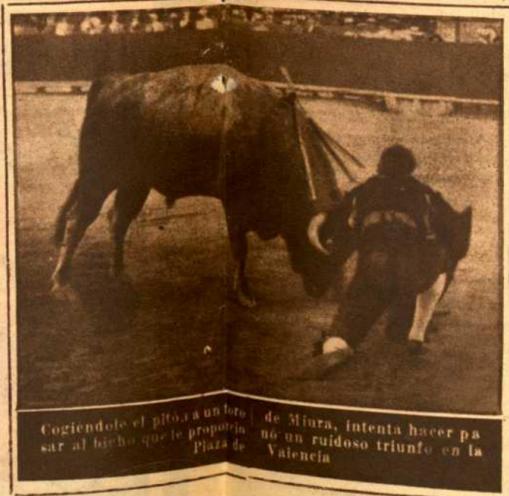
suertes del toreo y se establecen clasificaciones generales; pero no se dan lecciones para todos los casos que contengan exactitud en unas normas, que no siempre pueden ser fijas, y así, aun hoy mismo, cuando alguien quiere dar lecciones de toreo, no puede hacerlo sin ofrecer un ejemplo práctico y animado, sin simular las suertes con toro o sin él, con alguien que embista, o simplemente al aire, en lo que llaman el toreo de salón. Al torero, al matador que sabe su oficio, le es mucho más fácil entrar a matar que describir sentado de viva voz o con una pluma en la mano la suerte de volapié.

Lo mismo que a un acróbata de circo, que todos darán con destreza el salto mortal doble o sencillo, pero no sabrán decirnos nunca con palabras exactamente qué cosa es un salto mortal. En este caso, como en muchos, la literatura suele estropearlo todo, y así me place recordar cómo alguien ha dicho, no sé quién, a lo mejor yo mismo, que para cometer un crimen sólo hace falta ser un criminal, y para describirlo urge ser un gran novelista. Volviendo a nuestro pleito: Joselito, por intuición, por herencia atávica, si es que esto puede admitirse; de un modo empírico, pero seguro, a fuerza de torear a todas horas, pudo dictar normas, para la suerte de pica, para la de banderillas, para toda la brega, preparatoria de la suerte suya, incluida en esta última acepción el trasteo con la muleta, y

así, cuando reunió en torno suyo a los mejores subalternos de su tiempo, él era el mejor picador, el mejor peón y el mejor banderillero de su cuadrilla y de cuantas pisaban los ruedos de España. También hoy cada matador manda a su gente, y así fué siempre; pero, ¿les obedecen los subalternos siempre sin discutir, con la misma sumisión, con la misma fe ciega, hija de la admiración que reconocía una superioridad absoluta, con

que todos, en todos los ruedos de España, obedecían al coloso de Gelves? En su tiempo no fué posible que los picadores hicieran eso que hoy llamamos *la carrioca*, ni que los muy osados se salieran más allá del tercio para picar un toro como si le alancearan. Joselito enseñaba a todos cuáles eran los pasos justos del caballo; cómo había que alargar el palo y traer prendido en él al toro, y correr luego la mano por la garrocha, y echar al toro por delante, y no desestibar antes de tiempo y caer reunido. Otra vez volvían a dictar sus labios la sentencia antigua de que al buen picador le hieren los toros el caballo de la cincha al pecho, porque lo contrario sólo puede ocurrirle al que cuarteo y ejecuta la suerte de varas como si rejonase.

Con Joselito, los toros mansos, a poco que embistieran, se libraban del fuego, porque él sabía llevar a los caballos al sitio donde el toro acudiese a favor de sus querencias. Banderillero facilísimo y seguro, enseñaba a los suyos a banderillar pronto y a medir los terrenos, y llevando la lidia con extraordinaria pericia, siempre acomodada a las condiciones del toro, dictaba a sus peones el toreo a una mano o a dos, y les enseñó cómo sólo en contadísimas excepciones debían dejar que los toros engancharan los capotes, y cómo habían de tirar del toro, por delante, suavemente, enseñándole a embestir, para que



Cogiéndole el pitón a un brazo, intenta hacer pasar al bicho que le propina plaza de Valencia.

la res se encontrase sin bulto ni engaño cuando cabeceaba hacia los lados, y así, les prohibía siempre que hurgasen con el trapo los ijares del toro descomponiéndole. Joselito podía contar los capotazos de sus peones, fijándose de antemano el número, y cuando hacía falta les demostraba haciéndolo la exactitud de su orden, y cómo dichos capotazos no podían ser ni uno más ni uno menos, y cuando José gritaba «vete, vete», no había más remedio que irse, y los peones acababan por obedecer la orden sin temor a consecuencias peligrosas, porque sabían que quien mandaba, mandaba bien y estaba siempre en su sitio apercebido para cualquiera eventualidad.

Esta eficacia y esta riqueza que él daba al toreo de los demás podía aplicarla y la aplicaba a sí mismo con gran variedad de lances, y así no quedó suerte del olvidado toreo antiguo que él no resucitase con extraordinaria brillantez y seguridad.

Belmonte era un torero de otra calidad; de otra clase, como dicen ahora, y de una gran clase; pero que atendía sólo a perfeccionar su propio estilo, del cual pareció en un principio, y era lógico suponerlo, que nadie podría nunca aprender nada.

Después sí, ya lo estamos viendo, y ya hablaremos de ello, tuvo muchos imitadores; pero a los primeros, y ahí están los casos del novillero Carpio y de uno de los hermanos Freg, les costó muy cara la imitación. Belmonte no era un torero de piernas; no se salía por las afueras, doblándose en los quites, porque no acudía a librar ni a poner a los toros en suerte, sino a torear él y a lucirse él. Belmonte no quería torear por delante porque no tenía facultades para hacerlo, y a aquel toro poco pronto, a aquel toro de la media arrancada, a aquel toro lento, que hasta que él apareció nunca se había intentado torearle, haciéndole pasar, él lo hizo pasar a fuerza de acercarse y a fuerza de amoldar, de acompañar a la lentitud del toro su propia lentitud.

Mandar, se mandaba ya; pero eso que llaman templar, nació en él. En pocas palabras, para abreviar hoy, aunque algo habré de divagar después, ya que el tema lo merece, diré que Joselito toreaba para todo el toreo, y Belmonte toreaba para sí mismo. Pero ya veremos cómo pudieron fundirse en los dos, por recíproca influencia, los dos estilos para formar una gran escuela, una sola, que con ellos se fué para siempre; porque al fin de todo ello sólo ha quedado más, mucho más, de la escuela belmontina, acaso porque Belmonte duró más en los ruedos, y los toreros nuevos le vieron más, o porque los gustos del público y las condiciones de los toros y la manera de los estilistas modernos ha contribuido a hacer más exquisito, pero más chico el toreo.

AFICIONADOS DE CATEGORÍA Y CON SOLERA

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO está "fichado" como antimanoletista

Pero el popular autor asegura
que no sabe por qué

Torea todos los veranos en Las Navas del Marqués

UN TORO EN EL PASEO
TOLEDANO DE LA VEGA

CONOZCO pocos hombres que desarrollen tanta actividad al cabo del día como Francisco Ramos de Castro y que además conserven intacta su simpatía, su optimismo y su cordialidad. Se diría que el trabajar desde la mañana a la noche, cuartilla a cuartilla, es lo que pone contento al celebrado autor de tantas obras en las que campea su ingenio y su gracia. Ramos de Castro simultanea el periodismo con la radio y el teatro. Es una labor múltiple e intensa, a pesar de lo cual aun le queda tiempo para dibujar, para asistir a alguna tertulia y a algún espectáculo, y, sobre todo, para asistir a los toros. Es de los

que no se pierden ninguna corrida, y sus recuerdos en este aspecto se remontan a la época de su lactancia. ¡Nada menos!

—Naturalmente, yo no me acuerdo; pero lo oí contar tantas veces en casa que es como si lo estuviera viendo. Yo tenía tres o cuatro meses y me llevaban en un cochecito, por el paseo de la Vega, en Toledo, donde vivíamos. Era un domingo, en el que toreaban Fuentes y Mazzantini. De pronto se empezaron a oír voces de que se había escapado un toro, y lo peor es que era verdad. Como que la fiera llegó al paseo y toda la gente salió huyendo, menos yo, que me quedé tan tranquilo. El toro pasó junto al cochecito una y otra vez, mientras mi madre estaba en un portal, presa de un ataque de nervios. Desde luego, le puedo asegurar que yo no sentí ningún miedo. Esto sucedió por el año 1891. Con que ya ve usted si empecé pronto a ver toros...

MANOLETE, ¿?; PERO...

—Bien, bien; pero ya con uso de razón...

—A los siete u ocho años. En Toledo también. Sólo puedo precisar de aquel tiempo las siluetas de Minuto y Mazzantini, a los que ví actuar varias veces. Cuando empiezo a ser verdadero aficionado es en Madrid, con Machaquito, con Bombita, con Vicente Pastor... No se me olvida, como una de las primeras cosas taurinas que se me habían de fijar en la memoria para siempre, una cogida de Machaquito, un día que alternaba con Pastor. Machaquito, que tenía fama de valiente, justamente ganada, daba unos gritos terribles en la enfermería, a la que yo entré porque ya era entonces revistero. Más tarde, con Joselito y Belmonte, fui belmontista. a pesar de que yo de quien era amigo era de Joselito y a Belmonte no le conocía. Y ahora, en estos tiempos, estoy "fichado" como antimanoletista por los incondicionales de este gran torero.

—¿Por qué?

—Eso es lo gracioso, que no me explico por qué. He dicho siempre que Manolete me parece un diestro magnífico, que incluso ha llegado más allá en ese terreno que empezó a pisar Belmonte. Todo lo que hace tiene una calidad enorme, y su manera de torear es sencillamente maravillosa y de una pureza extraordinaria, de una verdad integral. Pero... Manolete es corto. Este es el reparillo que le pongo, y por eso supongo yo que es por lo que me tienen fichado. Por otra parte, no he de ocultarle que estoy en contra de esta carrera frenética hacia los honorarios astronómicos de la que Manolete ha sido el iniciador y en la que le han seguido otros diestros de tronio. Creo que eso va en perjuicio de la fiesta, que está en camino de dejar de ser popular, ya que al paso que vamos no van a poder asistir más que los potentados y los estraperlistas. Incluso lo juzgo antipolítico. ¿Usted no ha notado que los toros sólo preocupan ya a la gente la tarde de la corrida? Pues es porque se ha perdido todo aquel público que se pasaba la semana entera conversando acerca de la corrida del domingo. El cartel se ponía el jueves y ya empezaban los comentarios, que aumentaban en el viernes y el sábado. El domingo, el aficionado vivía su gran día taurino desde que se levantaba hasta que se retiraba a descansar. Se iba al apartado, se hacían pronósticos, se escogía cuidadosamente el puro, se estaba pendiente del tamaño y del peso de los toros. Luego, ya celebrado el festejo, se hablaba de él, de lo que pasó, de lo que no pasó y de lo que debía haber pasado. Y así hasta el jueves, en que se fijaba el nuevo cartel. No se hablaba de otra cosa y, naturalmente, no se hablaba de política. ¿Y por qué se ha perdido todo esto? En su mayor parte porque los precios de hoy son inasequibles a mucha gente, y son inasequibles, entre otras cosas, por los honorarios de los toreros. Aun me interesa añadir que esta elevación monetaria no está en relación con lo que perciben los subalternos. Considere usted que ya en tiempos de Joselito un banderillero podía ganar setecientas pesetas por corrida. Hoy, el que más, cobra mil. No hay proporción. Si un matador llega a cobrar veinte mil duros, yo estimo que un subalterno muy bien puede cobrar cinco mil pesetas.

LA BASE DE LA FIESTA

—¿Cuándo empezó usted a escribir cosas de toros?

—En el año 1917, en "El Parlamentario". Allí empecé a usar el seudónimo de Rodaballito, que aun conservo. Modernamente he radiado muchas corridas pero ahora lo he dejado. Es un trabajo muy fatigoso... Hay que estar hora y media hablando, sin parar.

—Pero usted lo hacía muy bien.

—Bueno, es que además no compensa. Lo que sí he notado es que, al radiar, las corridas parecen mucho más cortas.

—¿Y es usted torista o torerista?

—El toro es la base de la fiesta. Me interesa primordialmente el toro, en su conjunción con el torero. La fiesta decae porque los toros se achican. Ya sé



que también los pequeños dan cornadas, y ahí está el reciente percance de Domingo Ortega; pero la presencia del toro grande no se puede reemplazar con nada. Por estas y otras causas, los toros se han convertido en un espectáculo como otro cualquiera, sin aquella pureza que tuvo en otros tiempos.

—Supongo que usted opinará que con aquellos toros no se podría hacer lo que hacen los toreros.

—Pues supone usted mal. Niego que lo que se hace hoy no se pudiera hacer con el ganado de antes. Es más: ya se hacía. Yo puedo enseñarle fotos de Luis Freg, fotos impresionantes, en las que se aprecia perfectamente cómo daba el parón este temerario diestro mejicano. Tengo otras de El Gallo, con los pies juntos, que da miedo verlas. Y no se me olvida aquella faena de Mariano Rodríguez a un toro de veintidós arrobas, al que dió dieciséis naturales y toreó de capa tan bien y tan quieto como se pueda hacer ahora. Por eso, le digo que Manolete haría lo mismo con otro tipo de toro. Como también me atrevo a decir que si El Niño de la Palma y otros de su época se hubieran encontrado con el toro de hoy, continuarían de primeras figuras.

Y, ADEMÁS, DIBUJANTE

—Tengo entendido que ha toreado usted bastante.

—Que he toreado y que toreo. Por lo pronto, todos los años tengo una firmada en Las Navas del Marqués, donde veraneo. Si me gusta, mato el becerro, y si no, le doy la alternativa a otro, y allá que se las entienda con él.

—¿Y en qué parte de la lidia se encuentra más fuerte?

—Con la muleta me encuentro más a gusto. Mi especialidad son los naturales, ligados con el de pecho, pero ocurre que la parte contraria no lo reconoce siempre así.

—¿Qué ha hecho usted en el teatro, movido por su afición taurina?

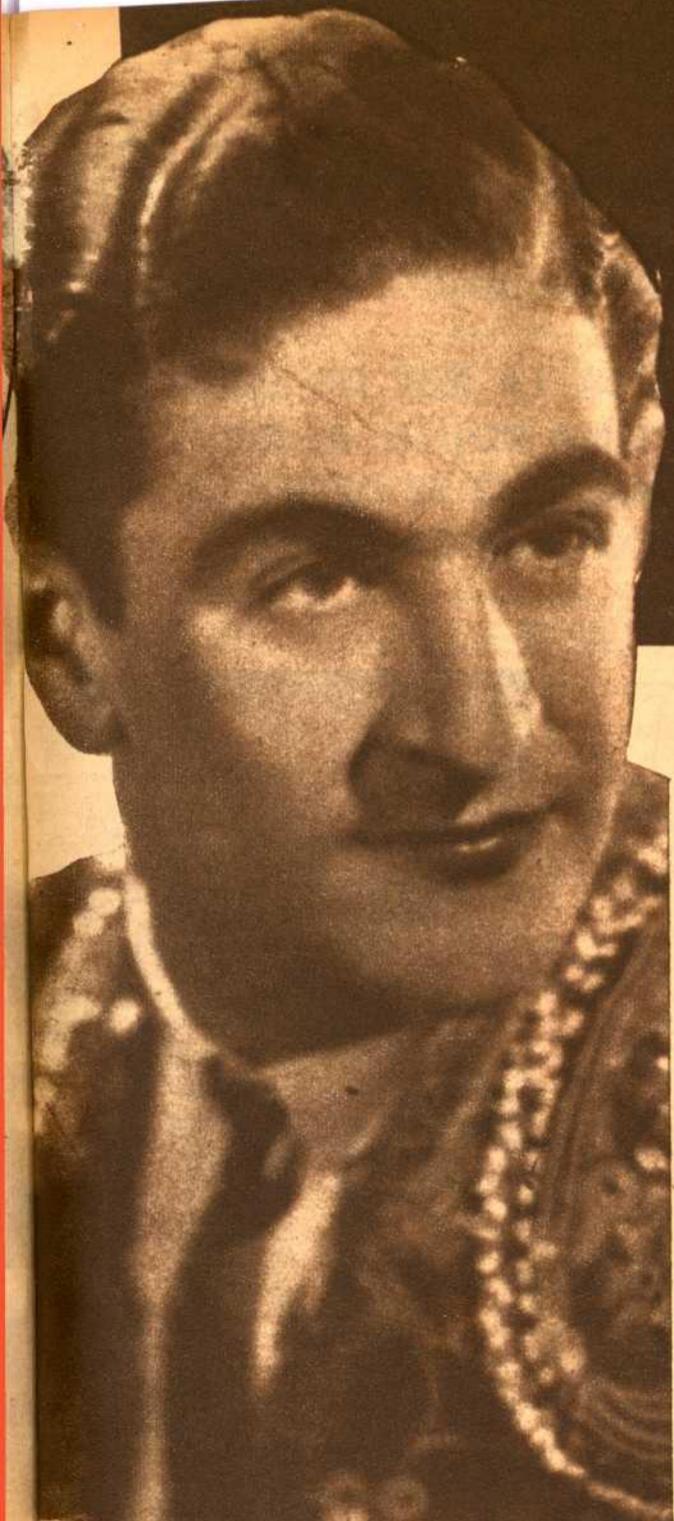
—Tengo una comedia en verso, "¡Mira qué bonita era!", que me estrenó Rosarito Iglesias y que llegó a las trescientas representaciones. El galán es un torero. Mi afición donde se ve constantemente es en mis dibujos. Siempre estoy dibujando cosas de toros para mí solo: en el café, en el tendido; hasta cuando estoy escribiendo hago dibujos en las pausas de la pluma...

Y es verdad, porque durante nuestra conversación Ramos de Castro ha estado trazando con el lápiz en una gran cuartilla toda una faena imaginada.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

En recuerdo de MANOLITO BIENVENIDA

Por FEDERICO OLIVER



BALDOMERO HIJO FOTO

Manolo Bienvenida lanceando de capa, en una de sus tardes de triunfo en el coso madrileño

el alba de tal día como pasado mañana. Nuestra piedad, sin embargo, no ha de considerarle en su tránsito como el malogro del gran artista que era, sino como el caso ejemplar de una muerte que nos dió la medida de su alma...

¡Almas, mostrad lo que en la vida fuisteis: si espíritu, la luz; si tierra, tierra!

dice el poeta de «En el seno de la Muerte». Y esto fué Manolo Bienvenida al abrir los ojos a la eternidad...

—Tratan de darme ánimos, y se engañan: estoy, no sólo resignado, sino contento con morir; mas no lo digáis a mis padres, porque no quiero «que sepan que sé que estoy muriendo».

¡Contento con morir! Su juventud heroica sonríe al destino implacable. Reza el rosario que sostiene la flácida mano el atardecer de esta antevíspera, en que blanquean las sombras las tocas de la monjita. Padres, hermanos y amigos acompañan, susurrantes, la oración del moribundo, de hinojos en redór de la cama, cubierta con el manto de la Virgen del Pilar. Un gemido incontenible de la madre prende en un «Dios te salve, María...» Un resbalar de lágrimas abriga las mejillas con el resplandor indeciso de la última luz... Un tictac del reloj acusa los latidos del día, que también se muere... Y por la ventana abierta penetran, lejanos y difusos, los rumores de la vida...

Veinticuatro horas después, empeorado el enfermo visiblemente, llega la noche temida... Los amigos fieles bisbisean sus desesperadas conjeturas en la penumbra del gabinete inmediato. Pasa el tiempo con esa lentitud que no conocemos hasta el instante crucial en que la muerte se respira... Dan la una, las dos, las tres de la madrugada... Un jadeo intermitente alarma al padre, que se acerca sigiloso a la cabecera del moribundo. El hijo abre los ojos.

—¿Qué hora es, papá?

—Las tres de la madrugada, hijo mío.

—¡Qué hora más bonita!...—dice el doliente, como si le deslumbrara una maravilla en su mundo interior.

—Todas las horas son bonitas cuando Dios lo quiere—concluye el padre...

Y de nuevo el hijo resbala por las paredes del abismo, que jamás devuelve su presa. Ya no habla más... El jadeo adquiere un sentido monocorde. Ya no es respiración: es estertor... Pero un estertor rítmico, lento... Adivínase que uno ha de ser el último... Cada estertor es un grupo de instantes infinitesimales que van cayendo uno a uno, como las arenitas del reloj de la vida... El reloj mecánico del tiempo rima con este caer en la eternidad, y cuando la última arenita se desliza, el tictac, impasible, continúa, indiferente, creando y desmenuzando lo que crea.

El padre no comprende el inmenso misterio que presencia, pero sospecha que el alma del hijo se le va de entre los brazos. Lo ve expirante, pero lo ve «total», niño y hombre, carne de su carne y alma de su alma. Y como ve en belleza el alma fugitiva, le dice para confortarle... ¿Qué le dice el padre atribulado? El mismo nos lo explica más tarde, ahogado en llanto...

—¡Yo le «desía» requiebros!

¡Requiebros! ¡Bendita sea el alma ingenua de Andalucía, que así expresa el amor en los linderos de la muerte!... Requiebros, piropos, decires, que son como chillidos ancestrales de la madre al capullo tierno del hijo en mantillas... Requiebros que no se dicen a la materia perecedera, sino al alma inmortal.

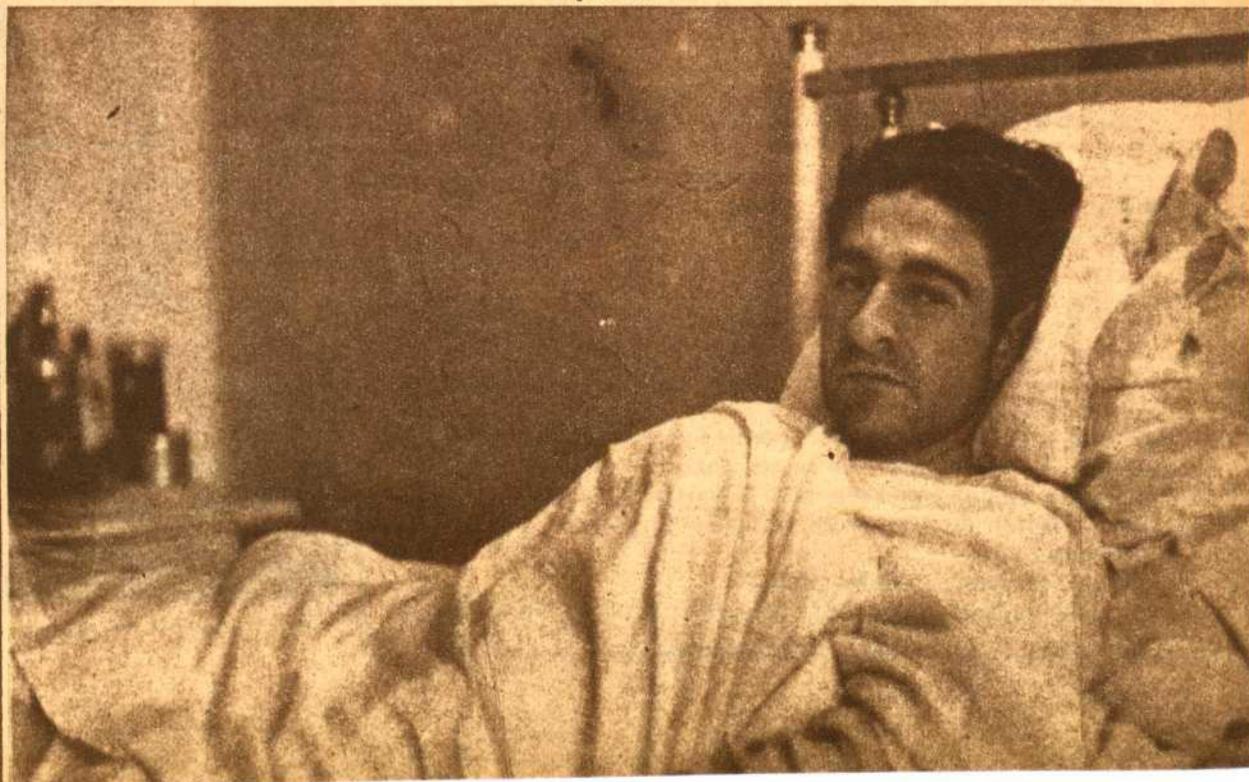
¡Requiebros!

Manolo Bienvenida, en su época cumbre, cuando se colocó a la cabeza del escalafón taurino

A QUI tienes, lector, con la mirada vuelta hacia ti, la imagen doliente de Manolo Bienvenida, muerto en el alba del 31 de agosto de 1938 en el Sanatorio de San Ignacio, de San Sebastián. Esta fotografía se hizo justamente el día 29, dos días antes del momento desgarrador. Así, EL RUEDO de hoy, miércoles 29, marca con un negro crespón el sexto aniversario, en que el desventurado torero se despide en efígie de este mundo. Como queda dicho, el de su muerte no nos llega hasta pasado mañana, día 31, con las claras del día.

¡Con las claras del día! ¡Cómo nos dice esta expresión, netamente andaluza, el dolor ungi-do de belleza del tránsito de un alma que sale a recibir la aurora para llevarla en un destello a su Creador! Veinticinco años viriles y bellos quedan absorbidos en una clara eternidad. Era un niño, cachorro de hombre, y sus juguetes eran los becerros, cachorros de toro. Más tarde, a los dieciséis años, caso único en la historia del toreo, toma la alternativa. ¿Quién no recuerda la flor de su juventud, plena de gracia, línea y color en los ruedos españoles? ¡Siete años de fulgurantes triunfos y un momento sólo que nos arrebató con su vida sus insignes posibilidades entrevistas! Era tan feliz este Bienvenida en la gloria de sus veinticinco años, que no vaciló en atribuir su muerte a la envidia de la misma muerte (o de los dioses, como creían los griegos). El coqueteaba con la Intrusa, y con su maestría innata la burlaba; mas la «Celosa», como la llamó Rubén, le tendió sus redes invisibles, y ya que no pudo matarle en la plenitud orgiástica del ruedo, heló su alma con gélido abrazo en

En la cama, donde le sorprendió la muerte, el mayor de los Bienvenida sueña con su vuelta a los ruedos españoles



Con don Atanasio Fernández en San Sebastián



Don Atanasio Fernández, en su tertulia del café, charla con nuestro corresponsal

"LA CRIA DE LA RES DE LIDIA ERA ANTES UNA RUINA; AHORA, EL GANADERO SE DEFIENDE ECONOMICAMENTE"

el toro, que ya lo tiene, en la primavera, por mala que sea, que es cuando los necesita. Porque después hay que alimentarlos a pienso.

Por otra parte, se lidian demasiadas corridas. El setenta por ciento de lo que sale por los toriles no son toros, sino novillos.

—Los toreros, ¿no exigen toros chicos y de poca cabeza?

—El torero estará más cómodo si el enemigo tiene poca defensa. Pero el lograr un tipo determinado de toro depende de la elección del semental y del gusto del ganadero. A mí, por ejemplo, no me gustan los cornicortos; prefiero los «carpachos». Los toreros, aunque el público crea otra cosa, no influyen sobre el ganadero. Yo jamás he tenido en cuenta lo que e



El ganadero salmantino, que ha llevado la mejor corrida a la feria donostiarra, paseando por la capital guipuzcoana

DON Atanasio Fernández acaba de lidiar en San Sebastián una corrida de ocho toros. La mejor corrida. Del lote salieron seis muy bravos y dos buenos. Cuando al día siguiente, y en los sucesivos, don Atanasio Fernández se sentaba en su tertulia del café —ahí está la fe que del suceso dan las fotos que le ha hecho Jesús Marín— no hacen más que desfilar ante él aficionados que le felicitan calurosamente.

La corrida preparada para los ases, que luego no quisieron venir a torrear la feria donostiarra, ha sido brava de verdad, pero chica.

Y como esto del toro chico y del toro grande apasiona a los aficionados, hemos querido aprovechar la actualidad que el éxito de esta corrida da a don Atanasio Fernández para conversar con él acerca del toro.

Refiriéndonos a éste, le preguntamos:

—La fiesta, ¿va en auge o en decadencia?

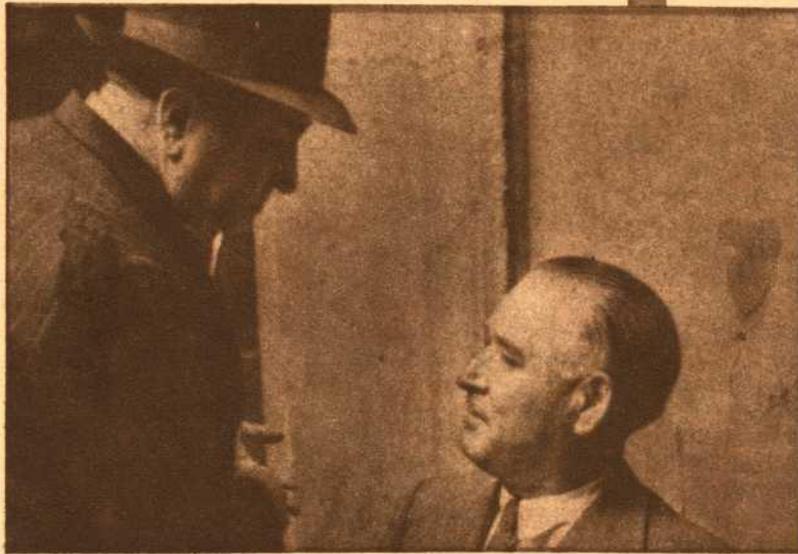
—Sin género de duda —nos contesta— en decadencia en cuanto al toro. La emoción en las corridas tiene que darla el toro. El más interesado en que se produzca es el ganadero. Pero hay unos imponderables, contra los cuales el ganadero no puede. Los toros que se lidian son como son por efecto de esas circunstancias.

Porque —sigue diciéndonos—, ¿ cree usted que todos los ganaderos somos unos sinvergüenzas?... ¿No?... Pues a todos, a los andaluces y a los salmantinos, nos multan por falta de peso. Antes del año 36 eran rarísimos los toros que salían faltos de peso. Si los ganaderos de entonces éramos los mismos de hoy, es fácil descubrir las causas de esas multas.

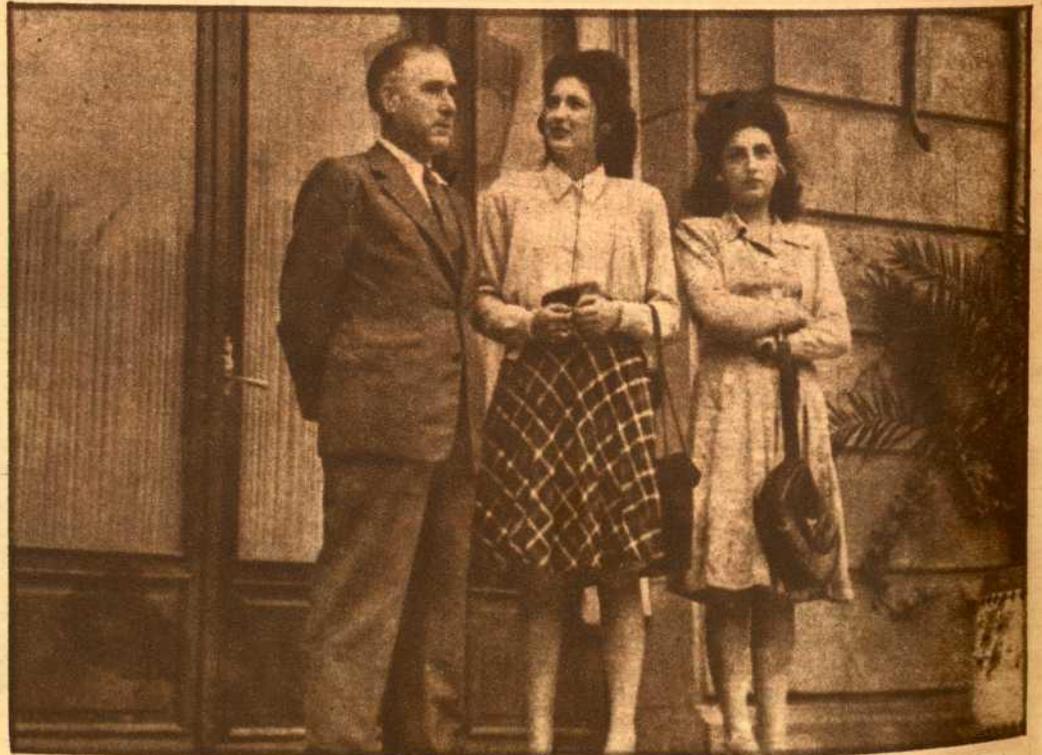
Este año, a pesar de la falta de pasto, los toros han estado mejor presentados hasta la mitad de la temporada por la facilidad que tuvimos para adquirir piensos; pero a partir de la primavera, por no haber existido ésta y carecer después de piensos, los toros se han presentado peor.

—¿Es que no tienen ustedes pastos?

—Se anda mal de ellos; pero, esto es la verdad, no influye en



Enhorabuena, don Atanasio... Al día siguiente de la corrida de ocho toros recibe el elogio de los bichos lidiados



Don Atanasio Fernández, con sus dos hijas, a la puerta del hotel donostiarra en que se hospeda

"O se admite el toro de ahora, tal vez más reducido, o hay que suprimir temporalmente las corridas"

"La satisfacción de las ovaciones a los toros es la mejor recompensa que puede tener un criador de reses bravas"



El ganadero charro, que fué a San Sebastián para ver lidiar sus toros, al llegar con sus dos hijas

torero quiere, y sólo le querido que mis corridas sean bravas y eubistan bien.

—Pero, ¿no es el exceso de corridas lo que hace que se lidien tantos toros chicos?

—El exceso de corridas puede influir para que se lidien toros sin edad, pero desgraciadamente tal como se están poniendo las cosas, en la próxima temporada no habrá más que una de estas dos soluciones: o admitir el

toro pequeño de ahora, o suprimir totalmente las corridas de toros.

—¿Cuántas ganaderías hay en España?

—Solamente en la provincia de Salamanca, 50. En toda España, unas 140.

—Usted, por ejemplo, ¿cuántas corridas tiene con-



O toro chico, o se suprimen temporalmente las corridas... (Fotos María)



Con gesto de alegría, va contestando a las felicitaciones que recibe al día siguiente de la corrida

tradas en el presente año?

—Ocho.

—¿Y novilladas?

—Una, y dos toros que he vendido para que rejoyenen don Alvaro Domecq y Conchita Cintrón.

—¿Es buen negocio la cría del toro de lidia?

—A los precios de ahora, nos defendemos bien. Antes, el tener una ganadería era la ruina.

—¿Cuántas vacas tiene usted en su ganadería?

—Vacas de vientre, trescientas. Estas cuestan caras. Las vacas de casta, como lo interesante es la selección, se conservan, aunque haya bastantes de

ellas que apenas se reproducen. Puede calcularse que para sacar setenta toros se necesitan tres veces más de vacas que para sacar setenta machos de otra clase de vacas. En el ganado manso y de media casta, sin que se dé cuenta el ganadero, hace la selección de vacas reproductoras, porque es frecuente, al retirar el macho, mandar al matadero la vaca no cubierta. Y, en lo de casta, interesa conservar lo de buena nota, entre las que se encuentran las viejas, que reproducen mucho menos, y, claro es, cuestan mucho dinero.

Háy además una multitud de gastos que lleva consigo el sostenimiento de una ganadería, como son cabestros, caballos, cañadas etcétera. Por eso antes sólo los ganaderos que tenían una gran fortuna y la ganadería por lujo y afición, odian criar toros de lidia. Hoy, con lo que ha sido revalorizado el toro, y aunque los gastos han subido una enormidad, el ganadero puede tener compensaciones económicas, las cuales, sin embargo, no son, ni mucho menos, de la cuantía que el público supone.

—¿Produce mucha alegría el éxito de una corrida?

—La satisfacción de una ovación a los toros es la mejor recompensa que puede tener un ganadero. Es la mejor compensación por los ataques de que somos objeto cuando se nos echa la culpa de criar reses sin presentación ni tamaño. Cuando los culpables de esto no son otros que las circunstancias, que los ganaderos somos los primeros en lamentar.

ALFREDO R. ANTIGÜEDA



Junto al ganadero se agrupan unos cuantos aficionados de solera. Ellos son los primeros en alabar las buenas condiciones de los toros lidiados

EFEMÉRIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

AGOSTO

29

MIERCOLES

DE pie! "¡En pie!", suelen gritar muchos buenos aficionados cuando el matador de turno comienza su faena de muleta con las dos rodillas en tierra. Hay otros espectadores que miran y se callan, y en fin, hay alguno que de vez en cuando grita que le dejen de dar consejos al diestro, que siempre sabe por qué lo hace.

El rodillazo, ¿está bien? ¿Está mal? Particularmente, confieso que no soy partidario del toreo "con la suela al aire". Las facultades se merman, el valor es obligado y la naturalidad desaparece. En la historia del toreo, las cogidas mortales en esta posición no se han prodigado. Pero como no hay regla sin excepción, que yo ahora recuerdo, tenemos el ejemplo de Malla, nacido el 29 de agosto de 1886 y muerto trágica e instantáneamente el 4 de julio de 1920 en la Plaza de Lunt (Francia). El quinto toro, asturino, negro zaino, le prendió por el estómago cuando estaba en aquella postura y le llegó hasta el corazón destrozándolo. Así, que sirva de clarín, y... ¡en pie!

De otro problema quiero someramente escribir, puesto que se presenta la ocasión, al acordarme de Gordito, fallecido el 30 de agosto de 1920, en Sevilla. Me r fiero a los toreros que hoy ganan doce, y inte o veinticinco mil pesetas. Ellos creen siempre que merecen ochenta, cien o ciento cincuenta mil, como alguno. En la "peña" de café, el silencio de los incondicionales y de los amigos prudentes les da alas para su vuelo con morrón. Sí; porque se estrellan. Piden mucho y torear poco, Gordito, por ejemplo —más valen los ejemplos de otras épocas— se empinó en competir, primero, con el Tato, y después, con Lagartijo. Y tales torpezas le costaron disgustos, pérdida de ganancias y, por último, la ausencia forzosa de la Plaza de Madrid.

Otra faceta de los toreros, digna de figurar en EL RUEDO con todos los honores, es el arrojo, el verdadero héroe que cada diestro lleva en sí, algunos dentro y todos fuera de la Plaza. En lo próximo, relativamente, tenemos el caso de Fortuna, que mató un toro en plena Gran Vía madrileña, y en lo lejano, citemos el caso de Juan Orellana, muerto trágicamente entre el redondeo de carros con que el 3 de agosto de 1899 se construyó un ruedo en el pueblito extremeño de Baños de M. El toro tenía seis años y más de treinta arrobas. Con su enorme poderío se adentró por un callejón de cincuenta personas indefensas y lividas de pavor. Mal lo hubieran pasado si Orellana, con gran heroísmo, no hubiera colado al astado hasta su propia extenuación. Fue él solo la víctima. Sin nadie que le hiciera el quite, por miedo, acerbillado a cornadas, murió a las dos horas. Descanse en paz.

También, de los "casos" contraproducentes, el alcohol es de lo peor para los toreros. Gerardo Caballero sea un botón de muestra. Murió el 1.º de septiembre de 1882, borracho, en una reyerta, de un navajazo que le propinó un gaditano llamado Manuel García. Caballero se ha venido a los puntos de mi pluma, porque fue el primer diestro que tomó la alternativa en la más bonita y en la mejor Plaza de toros del mundo. Naturalmente, no me refiero a la de las Ventas, sino a su antecesora, de tan gratas añoranzas para los pocos aficionados, casi todos antiguos, que en general quedan.

Juan León, más supersticioso que todos los toreros gitanos juntos; aquel que decía: "Día con cero, en la piel agujero"; aquel que fue, también autor de la frase célebre "Hay toros que se llevan en un minuto todo el dinero de la temporada", nació el 2 de septiembre de 1788.

Reverte, el del pañuelo, de quien tanto se ha escrito y se ha hablado, puede decirse que murió para su profesión el 3 de septiembre de 1899. Era en Bayona, y había dado una estocada en la yema al segundo toro de la tarde. Borracho de sangre, Grillito se tambaleaba, próximo a derrumbarse, cuando a Reverte le dió por ponerse de rodillas. En su último esfuerzo, el animal alargó el cuello. En un tris estuvo que no tuvieran que amputarle la pierna a Reverte.

Y en pie, respetuosamente descubierto, puesto que me queda algo de espacio, me extenderé de nuevo sobre la Plaza de la carretera de Aragón, donde aun un solar circular y unos bloques de piedra claman contra la monstruosidad del derribo. La Plaza fue inaugurada el día 4 de septiembre de 1874.

SEPTIEMBRE

4

MARTES

El domingo, en Barcelona

Novillos para Tacho Campos, Armillita II, Pepe-Hillo y Pericás Chico



Tacho Campos iniciando un pase en redondo. —Abajo: Pepe-Hillo en un lance



Armillita II en un natural con la izquierda. —Abajo: Pericás Chico en un ayudado. (Foto Valls)



MACHARNUDO

Inocente
es el vino para copear

VALDESPINO
JEREZ



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Los once toros de la alternativa de BELMONTE

FUE el 16 de octubre de 1913. Desde entonces ya ha diluviado en los ruedos de España, y los toreros han tratado de buscar la perfección de su arte echando por los suelos moldes y normas que parecieron un tiempo inmutables. Desde aquella fecha han saltado desde el callejón, envueltos en oro o plata, figuras que han traído a la Fiesta cuanto sabían y podían dar. En la presidencia, las barbas y bigotes que asomaban por la banderilla del palco han ido desapareciendo para dar paso a caras rasuradas. Los tendidos han ido perdiendo su fisonomía —la que el público le prestaba—, y el sombrero de paja ha ido “ahuecando el ala” para dejar las cabelleras al aire. Se han tirado Plazas y se han edificado otras nuevas. El aficionado ha seguido lanzando al viento su airada protesta y lamentándose de los tiempos en que vivía, mientras sus ojos se empañaban ante el recuerdo de las espartas, los quiebros o pares de banderillas de aquel diestro de su época. Las garaderías han ido cambiando de nombre, y algunas se han roto en cincuenta pedazos, que han servido para dar savia a otras medio muertas. Todo se ha modificado, pero lo que sigue igual es el toro.

No nos engaña el aficionado que se sienta junto a nosotros en el tendido y nos cuenta los cuernos que gastaban los toros de su juventud y las arrobos que daban. Hay, por lo visto, una lente en el recuerdo, que hace aumentar las figuras. Pero la cámara fotográfica no miente ni se deja impresionar —valga la palabra— por extrañas influencias o añoranzas. Ella da a los que vienen después —en este caso, a nosotros— lo que se le pone por delante, y ahí

sí que no cabe engaño. He aquí una muestra de lo que decimos. Esta fotografía refleja uno de los momentos de la corrida en que Juan Belmonte tomó la alternativa, en Madrid, y en la que, para matar los seis toros que figuraban en cartel, fué necesario sacar once por las puertas de los chiqueros. ¿Qué ocurrió? Pues que los bichos eran pequeños. ¡Igual que hoy! Qué más da que en aquellos momentos se estuvieran abriendo nuevos cauces al toreo y que un auténtico fenómeno hiciese trágicas piruetas un día tras otro y una suerte tras otra.

Los toros eran pequeños y la pasión —que esa sí que casi sigue siendo lo mismo, aunque no se desborde desde el tendido al ruedo— lanzaba su grito unánime de protesta.

¿Por qué entonces ese empeño del viejo aficionado de hoy en hacernos ver las cosas de otro modo? ¿Por qué ese gesto suyo de desprecio y mofa cuando salta el toro a la arena, tenga el peso que tenga? ¿Por qué hablarnos de Joselito y Belmonte, si ellos también torearon toros pequeños? Pues porque esa sí que

es una cosa que no varió ni variará.

Cuando nuestras cabezas blanqueen y vayamos a la Plaza; si junto a nuestro asiento se acomoda un joven aficionado, pondremos también nuestra cara de pena por lo que acontezca en el ruedo, y diremos que nuestros tiempos fueron mejores y que Manolete mataba unos toros tan grandes como catedrales.



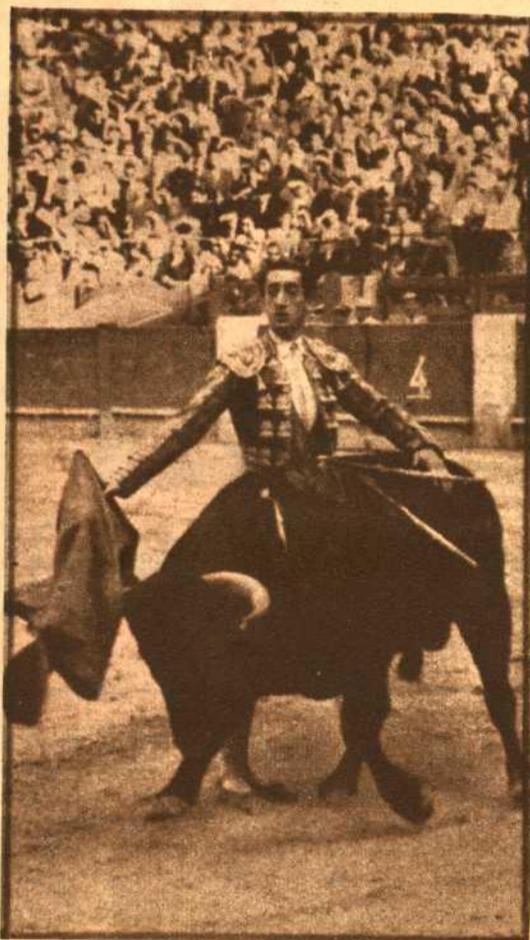
EL PASE DE "POR AQUI NO PASA NADA"

Por CLARITO

VERDADERAMENTE, si los toreros antiguos viesen hoy a qué extremos de lentitud y apretura ha llegado el pase natural —tenido por bello, a pesar de su rapidez y distancia, en las manos de Lagartijo y Angel Pastor—, verdaderamente, su sorpresa no sería menor que la que pudieran causarles los más sensacionales inventos del siglo. La radiodifusión, inclusive.

Pero si viesen también las ridículas mixtificaciones con que los adalides del becerrismo, tras el escamoteo del toro, van, de paso, barrenando los preceptos básicos, cambiando las suertes de pecho —la parte más noble del hombre— por las de costado —su parte más ladina— o por las de su espalda —su más despectiva parte—, ¡ah!, entonces, los antiguos mirarían con un mohín desdenoso a las generaciones actuales. Y pronunciarían un anatema ancestral: ¡Mojiganga!

Se desarrollan, a veces, corridas de esas que, impresionados por los arrebatos del público, titulamos «apoteósicas» o «memorables», sin que se inicie y complete un buen lance a la verónica. La chicuelina, la gaonera, el farol —anticipos giratorios del muleteo—, absorben, por lo general, el repertorio de quites. Del mismo modo, ocurre luego que a las faenas las llamamos faenas-cumbres, sin que apenas cuente en ellas la mano izquierda. O, cuando menos, sin que aparezca, para resolver las situaciones forzadas, el pase de pecho. Por lo común, el torero, antes que «echarse el toro por



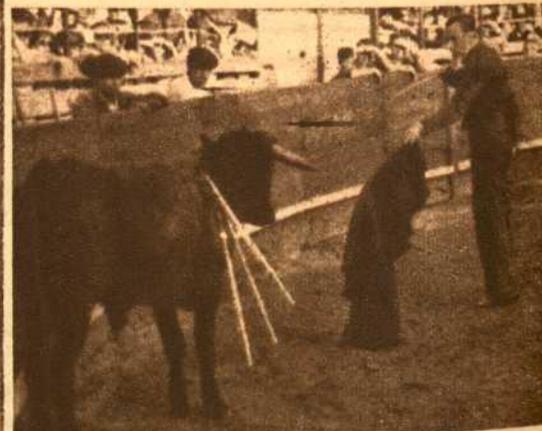
Rafaelillo en un muletazo con la derecha



Juanito Belmonte toreando por faroles



El señor Pickman toreando al natural



El señor Roca Reyes perfilándose para matar

de la suerte y se le vuelve a otro plano de visión, recuerda al Gaonilla de Balder y a los fanfanchos del guñol, dislocándose el cuello para mirar hacia arriba y hacia atrás, hacia el ventrilocuo o el maese del retablo que los maneja.

¿Será acaso un alarde de dominio? Pero como expresión dominadora es todavía más ruin. Más falso el pase. En el toreo no se puede perder de vista al enemigo sino cuando el enemigo lo ha dejado de ser. Cuando ya no pasa ni alienta. Cuando, mareado por la muleta, ha perdido el instinto y el resuello, y ni anda, ni ve. La vista es la primera facultad torera. Y el hecho de que, mientras el toro pasa bajo su barbilla, el torero renuncie a vigilarlo, se debe a que el que va por debajo no es el tal toro. El gesto ese

de «por aquí abajo no pasa nada», heredado de la displicencia llapiseresca —de aquel histrionismo bufo que hizo célebre y rico al Llapisera precursor—, no es un gesto dominante. Es una mueca desdenosa, que le quita toda importancia a lo que, en realidad, va siendo cada día menos importante en sí. (En sí y... en la báscula). Ni adorno, pues; ni dominio, ni arte, ni eficacia. ¿Se debe quizá este pase a un rasgo de reto? Esta sería la hipótesis peor. La ponderada sencillez de los héroes, en este u otro avatar, no es un tópico literario. Pertenece al acervo de sus virtudes y viene a ser como la expresión psíquica de su grandeza. Cuando el artista abandona su obra —en la que antes se embecía, absorto o abstraído— y se encara con las masas que le encumbraron, es que algún resorte comienza a fallar en su mecanismo interno. Principalmente a los llamados

héroes del toreo, y a causa de su formación espiritual, suele ocurrirles que allí por donde se les escapa el valor, les entra el orgullo.

Fruto de lo que quiera que sea, el pase no puede ser más feo. Ni más falso. Si de verdad los toreros quisiesen «perder la cara» al toro, sin perderlo enteramente de vista, podrían encontrar momentos más dignos, más airosos, más gallardos, en que, ¡vaya!, los cánones lo ordenan para acrecentar el riesgo de las suertes de excepción. Por ejemplo: en el pase de pecho, provocándolo a flor de tierra y elevando la muleta, poco a poco, por el centro de las astas, a medida que se trae el toro hacia el busto para despedirlo por delante de sí. He ahí un cuarto de segundo, en que el toro desaparece, como el agua del Guadiana, a los ojos del torero. También, si en la suerte de matar se lia, abajo, la muleta —la mano a una poca más altura de la rodilla y el fleco en el suelo—, y se ataca por derecho, y se vacía al enemigo «con medio pase de pecho», también se pierde entonces de vista la cabeza astada. Son ocasiones más bizarras y menos cómicas de demostrar el desprecio al peligro. Sin embargo, es frecuente ver cómo esas ocasiones se rehuyen.

delante» cuando los semicírculos del natural —o redondo— han apurado el terreno, apela al subterfugio del molinete o se zafa con el pretexto de pedir palmas y de pasear los laureles. La manoletina o manoletera —plenitud del toreo giratorio— acapara una considerable parte del último tercio.

Todo ello resulta, sin embargo, henchido de valor y saturado de clasicismo, si se compara con una nueva chocarrería, de hechura monstruosa, que —de Manoleta a Cañitas— ondea ya y amenaza con ponerse de moda. Se trata del pase «mirando al público». De ese pase en que el torero mira arriba, sin duda, porque abajo no hay mucho que ver. De ese pase en que, una vez tendida la muleta y enganchado en ella el toro, mientras hace el viaje, el torero levanta su vista a las localidades.

¿En qué se funda ese pase? ¿Qué móvil de orden técnico u ornamental lo inspira? ¿Qué pretende decir con él su inventor? Como adorno artístico, no se concibe, porque no hay arte sin estética, y es de lo más antiestético que el mal gusto haya podido imaginar. Esa figura normal, llevando normalmente el toro, a la que de pronto se le pierde la cabeza, se le desentien-

VICENTE SEGURA



HE aquí un hombre que fué torero por verdadera afición. Un millonario que toreó primero en una placita que se hizo construir y que, cuando vestido de luces, logró alternar con las primas figuras, entregó siempre el importe total de sus ajustes a los necesitados y pagó de su bolsillo los honorarios de sus subalternos. Vicente Segura fué un torero muy valiente

que mató muy bien. Si su arte hubiera corrido parejas con el valor que derrochó en los ruedos, Segura hubiera sido uno de los mejores toreros nacidos en Méjico; pero fué uno de los más populares por su desinterés, por su simpatía y porque se apreció su afición sin límites.

El caso de Vicente Segura ha sido uno de los contados, de los que se puede decir con verdad que han toreado por filantropía y pura afición.

Nació Vicente Segura en Pachuca (Méjico) el año 1885. Desde muy joven frecuentó el trato de los toreros mejicanos y españoles. Quedó huérfano y heredó una cuantiosísima fortuna. Tomó parte en algunas encierros y en tal manera se aficionó a la lidia de reses bravas que se hizo construir una placita en Pachuca. En ella, bajo la dirección de Antonio Montes y Antonio Fuentes, toreó y mató ganado grande. Vino a España, tomó parte en algunas novilladas, y en el beneficio de Fuentes, celebrado el 27 de enero de 1907, tomó la alternativa. El 6 de junio de aquel año de 1907 la confirmó en Madrid, en corrida extraordinaria, alternando con Antonio Fuentes, Ricardo Torres y Machaquito en la lidia de ocho toros de la ganadería de Moreno Santamaria. Regresó a Méjico y tomó parte en buen número de corridas a fines de 1907 y principios de 1908. Volvió a España en 1908 y toreó en el abono madrileño y en algunas Plazas de provincias. Como en la temporada anterior, regresó a Méjico. El 20 de abril de 1910 fué cogido en la Plaza de Sevilla por un toro de Miura. Marchó a París y al poco regresó a Méjico. Aun toreó en su país algunas corridas, y en 1911 decidió retirarse. No perdió su afición, y en 1918 fué empresario de la Plaza de «El Toreo». En 1922 volvió a los ruedos y toreó ocho corridas en Méjico y tres en España, dos en Valencia y otra en Sevilla el 15 de junio.

Vicente Segura ha sido uno de los lidiadores que más simpatías han tenido por su filantropía y afición.

**GANADERÍAS
PRESTIGIOSAS**



Una charla con Luis Miguel Dominguín

Por JESUS M.^A AROZAMENA

«Cuando un torero corta una oreja, todo el mundo le presta oídos», decía Adolfo Torrado a Manolo Fernández Cuesta, viendo engrosar alarmantemente el grupo que rodeaba anoche a Luis Miguel Dominguín. Cito la frase por ser de un autor ya clásico y porque responde a una inmediata realidad. El torero —un muchacho con aire de estudiante de Derecho, poquitas palabras y bien dichas—, sonríe a todos, sin alardes aldeanos, y va citando nombres propios, muchos nombres propios...

—Gracias, Manolo... ¡Hola, Miguel!... Carlos no te he visto en todo el día... Espérame, Ignacio.

Al más efusivo de los que le abrazan le responde de igual manera. Marcelino le pregunta:

—¿Quién es ése?

—No tengo ni idea. Los días que estoy bien, se presentan muchos; cuando estoy mal...

Hoy ha estado muy bien. Luis Miguel ha puesto en pie al público donostiarra en una tarde gris, fría, principio de un abono donde se van notando ausencias que se estiman, con razón, injustificadas. Dominguín ha dado tono a la fiesta: estoy seguro de que, aunque haya buenas faenas y se superen los que vengan, este chico habrá puesto una pica en la cumbre. Valeroso y ágil artista, cuyo mayor encanto es, sin duda, la improvisación de los elementos que forman el toreo; estamos un tanto hartos de esos matadores científicos que, por hacerlo todo con regla y compás, todo lo dejan a medio hacer. Luis Miguel tiene una grandeza propia; su juventud —casi diríamos su adolescencia— se ha puesto frente a los imponderables, y los ha vencido. El no se da cuenta de ello, y es mejor, por él y por la fiesta, en trance de muerte a manos de los superfenómenos.

Por la Avenida, cuando son las nueve, aun hay luz del día, y las chicas están todas en la calle; atropellados por la gente y los paraguas, vamos hablando. Es la conversación de dos amigos, que va al papel por pura casualidad.

—¿Cuántas corridas van con ésta, Luis Miguel?

—Veintitrés... No, espera. Veinticuatro.

—Son muchas.

—Aún podrían ser más, pero...

—Pero ¿qué?

—Fíjate en aquella rubia...

—Muy mona, sí. Pero ¿qué ha sido ese pero...?

—Nada; le das importancia a unas cosas...

No quiero quedarme en la duda.

—¿Es cierto que hay imposiciones en los carteles por parte de otros matadores o sus apoderados?

—Podría ser... ¡Vaya morena!

(Ahora me acuerdo: una sustitución, creo que de Arruza, estaba apalabrada, en nuestra feria, con un matador que veranea aquí; pero ha llegado un flamante hombre de toros —¿se dice así, como hombre de teatros, hombre de negocios...?— y «sale» otro diestro. Y también cierto episodio ocurrido al propio Dominguín en Bilbao.)

El muchacho hace bien en abandonar el tema.

—Esta tarde, el público iba a gritar. Si no llegas a hacer esa faena...

—El público tenía razón. Protestaba de los bichos y de los precios. Pero de nada de eso tenemos la culpa nosotros. El toro pequeño es una moda, que a mí, por lo menos, me va muy mal; con la estatura que tengo, parece que me lo voy a llevar a casa para adorno. Mis mejores éxitos de este año —Bilbao, La Línea, Valladolid—, han sido con toros de trescientos kilos. Para el toreo que gusta hoy es preciso el toro de cabeza «cómoda» que no debe tampoco confundirse con la dimensión de pitones. El golpe del pitón corto es más firme... Yo prefiero el toro grande; pero la petición hay que hacérsela a los ganaderos y a las Empresas.

Por segunda vez hemos hablado de Bilbao.

—¿Y ese pánico que se tiene a la feria de Bilbao?

—Bilbao es el «coco» del Norte. Y quizá de España. Por eso yo, para ir a Bilbao, he exigido la corrida de Pablo Romero.



Luis Miguel Dominguín en una tarde de éxito en Bilbao. Feria que con la de San Sebastián, ha sido triunfal para el menor de los Dominguín

—Nombre!

—Los Dominguines somos así.

Y lo dice sin asomo de jactancia, lleno de verdad honesta, irrefutable.

—¿Cuál es la función esencial del matador de toros?

—La de ser un auténtico maestro. Debe saber hacer todo lo que se encomienda a la cuadrilla y superarlo. Las banderillas, por ejemplo, son fundamentales. Hay matadores que no las toman en consideración, pero insisto es imprescindible...

—¿Están agotadas las suertes del toreo?

—No; saldrán nuevas, y yo espero que se resucitarán las viejas, en desuso por la comodidad y el afán de evitar el riesgo. Tú sabes que he vuelto, en las Plazas, al cambio de rodillas a la puerta del chiquero... La dificultad del desconocimiento absoluto del bicho. Pero es bonito, ¿no te parece?

Mi admirado don Eugenio Cascales me decía que la lidia hoy tenía la ventaja de que ocupaba el torero el terreno del toro. Luis Miguel no lo estima así.

—No hay terreno de toro ni torero. El terreno es toda la Plaza, y cada cual se apropia del que puede o le dejan. Por otra parte, hay toros peligrados de cerca, otros de lejos... Como los boxeadores o los futbolistas. El terreno no es de nadie.

Salimos de nuevo al paseo. Luis Miguel, reconocido por todos, firma autógrafos, sonríe muy serio. Con esa seriedad de los niños formales cuando están de visita.

—¿Vas a ir a América?

—Creo que sí. Tengo proposiciones de Colombia, Venezuela, Perú... Llegaremos a un acuerdo.

El admirable Luis Miguel toma del brazo a su hermana, que se acerca a nosotros; es la hora en que no hay nada más que decir.

OTRO TORERO ESPAÑOL QUE REGRESA

FELIX RODRIGUEZ II, DESPUES DE DIEZ AÑOS DE AUSENCIA, REGRESA A ESPAÑA

EN AMERICA HA SIDO TAMBIEN PINTOR, REJONEADOR Y GANADERO

Por CRUZ ERNESTO FRANQUET



Félix Rodríguez II

—¡Diez años fuera de España!... ¡Qué ilusión tan grande tenía de estar de nuevo en mi Patria y entre los míos!—me dijo Félix Rodríguez, como saludo, mientras su mano, alargada por encima de la borda del "Monte-Ayala", estrechaba la mía alzada en amistosa bienvenida en el muelle de Ripa, donde acababa de atracar el vapor, que se había adentrado en la ría bilbaína por las rutas del mar.

Iban para diez años los que llevaba Félix Rodríguez por tierras americanas. Diez años consumidos entre nostalgias y añoranzas, en un deseo ferviente de volver, con los triunfos y los laureos conseguidos en lucha constante y feliz por los ruedos, a los que se había asomado con una realza imponente nuestra Fiesta Nacional.

Llegó Félix Rodríguez a los ruedos americanos con un caudal de ilusiones. Era entonces casi un niño y era ya un matador de alternativa. Pero Félix Rodríguez no llevó sólo su juventud y sus ilusiones a América. Llevó también sus grandes triunfos, su fama de torero, laureolada para los americanos, porque se había cimentado en las Plazas latinas.

De principio a fin se habló de Félix Rodríguez por América...

En recientemente nos recordaba al diestro zamorano el gran aficionado peruano Leonidas Plaza-Lasso; el empresario de Lima, Roca Rey, y últimamente, Juanito Belmonte, viajero también, que nos devolvía el mar —en el "Monte-Albertia"— una mañana de lluvia torrencial como la de hoy.

Todos tuvieron para Félix Rodríguez, frases más que elogiosas.

...

El "Monte-Ayala" quedó atracado en el muelle bilbaíno en las primeras horas de la mañana del lunes pasado. Una mañana fría, gris, casi de invierno.

Llovía torrencialmente. Las aguas del Nervión, más pardas que nunca, arrastraban el barro de las presas de la Peña. El "Monte-Ayala" se bamboleaba de babor a estribor, mientras las grúas chirriaban con un contrapunto penoso.

En los puentes del buque, los viajeros esperaban la hora de pisar tierra firme. Y entre los rostros que se pegaron a los cristales, con curiosidad difícilmente disimulada, descubrimos el de Félix Rodríguez, cargado de nostalgias e impacencias.

A las once de la mañana, por la pasarela del buque, empezaron a descender los primeros viajeros.

El cuarto o el quinto en pisar el muelle fué Félix Rodríguez. Los abrazos, las bienvenidas, los familiares...

Luego, una charla rumorosa.

Entre anécdotas y recuerdos hilvanamos nuestras preguntas.

...

—¡Muchos años por América, Félix!

El diestro zamorano suspiró:

—Cerca de diez años alejado de España y de los míos. En el mes de diciembre de 1935 llegué a Lima. Quise volver mucho antes; pero los contratos me retentaban, y la popularidad que había ganado tenía que defenderla.

Hizo una pequeña pausa y me preguntó:

—¿Ya sabe usted cómo me llamaban en América?

Hice un movimiento negativo de cabeza.

—Yo, la verdad...—empé a decirle.

—Bien —aclaró sonriendo Félix Rodríguez— Allí me llamaban "el torero de las Américas".

—¿Es que toreó mucho por el país?

—Por todo Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador y Bolivia... Casi, menos que más, en esos diez años habré matado mil toros... y en países donde la Fiesta no tiene tanto arraigo como en nuestra Patria, ¿no cree usted que estos mil toros suponen un buen número de actuaciones?

—¿Has toreado siempre con figuras?

—Siempre. He alternado con Ortega, Armillita, Silverio Pérez, Garza, Juanito Belmonte Antónito Bienvenida, Rafaelillo y otros muchos que no recuerdo de momento.

—¿Cuál fué la última corrida que toró en América?

—Me despedí en Bolivia, toreando tres corridas en el pasado mes de junio, alternando con Pulido, un matador del país que dentro de muy poco irá a España.

—Tenía referencia de que usted, en América, fué pintor, rejoneador y ganadero de reses bravas...

—Con mejor o peor suerte, todo eso es cierto. He sido pintor por afición, y tengo muchos lienzos de asunto taurino; en cuanto como rejoneador, también he actuado en diferentes ocasiones, precisamente con un caballo que le compré a Conchita Cintrón; y me traigo para España cuatro caballos que compré en Buenos Aires y que llamarán la atención. En cuanto a ganaderías, durante más de tres años tuve en El Ecuador mi ganadería de Mondoñedo, con sangre de Santa Coloma.

—¿Y es matador de alternativa desde qué año?

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—Seguir toreando. He venido a España a recobrar el puesto que creo que me pertenece. Y sólo espero la ocasión de demostrarlo.

—Pues le deseo mucha suerte.



Félix Rodríguez II, a bordo con un oficial del "Monte-Ayala"



El diestro español, ya en Madrid, con su apoderado, Guillermo Martínez



Matador y apoderado revisan los contratos firmados para España (Fois, Mari)



El diestro zamorano, que ha estado ausente diez años, en el cubierta del "Monte-Ayala", al llegar a Bilbao

SILVERIO PEREZ regresa a Méjico



CUANDO no se encuentra el sitio, viene el alejamiento. El fenómeno se inhibe y se encuentra aislado, porque está por encima de todo lo que sea acompañar a los modestos. Lo habíamos presentado y llegó la confirmación cuando la oportunidad se presentaba en todo su esplendor, dándole ocasión brillante para mostrar que era él, que estaba presente quien llegó con una aureola grandiosa, merecida, pero que para nosotros ha sido como una estrella fugaz que pasa rauda, vertiginosamente, sin que nos dé tiempo para admirar las cualidades, lo que deja sabor grato en nuestro recuerdo. Eso ha sido para nosotros, y para él mismo, Silverio Pérez, "No en balde tiene una fuente y una plaza en Méjico con su nombre...", dijo Juan Belmonte al verlo actuar.

El y Madrid han sido cimas inconquistables. La Monumental le había reservado un sitio en la mejor combinación del año. Pero surgió la enfermedad nerviosa que nos lo quitó. El marcha con esa ilusión de dar ante el aficionado mejor de España lo que su arte le hizo consagrarse en figura indiscutible y de primera línea entre los que llegaron. Traía un nombre pleno de exaltación, con laureles inmensos y tardes triunfales, conquistadas a fuerza de valor y exposiciones sin límite. Méjico traía a España la representación genuina del toro azteca, y España llevó su nombre a todos los rincones donde se hablaba de toros, y Silverio Pérez era figura sin destapar la esencia de su arte mágico.

Hoy retorna a su país. Dentro de unos días embarcará, una vez cancelados sus compromisos con las Empresas. Veintitantas corridas perdidas a causa de una enfermedad contraída por un alejamiento corto, pero que influyó en su moral. Esto ha sido el motivo principal de la marcha prematura. Todo ha sido debido a un in-

trañable cariño por los suyos, que ha minado el sistema nervioso, quebrantando su salud y obligándolo a interrumpir su campaña taurina.

Fui el primero en conversar con él a su llegada a Madrid y también de los últimos en darle el adiós cuando va a emprender su regreso a Méjico. ¡Qué distinto de aquí el día del mes de abril a este de agosto! Cuatro meses solamente y el semblante es totalmente opuesto. Entonces todo eran sonrisas, ilusiones, deseo de estar entre nosotros. Hoy todo es ansias de marchar, juntarse con los suyos y darle un abrazo como si correspondiera a diez años de ausencia. Es, es el cambio que registramos en torno a la figura de Silverio Pérez, como consecuencia de un nuevo hijo que nació a poco de llegar a España y que aun no conoce. Su temperamento ha perdido más, y la voluntad que puso a prueba no ha bastado para que lo retengamos.

VOY A UNIRME A LOS MIOS Y CON ELLOS VOLVERE

Hasta el último instante, con idéntica preocupación que cuando llegó, lo encontramos en vísperas de su marcha. En pleno entrenamiento, entregado al ejercicio constante para mantener la forma siempre ágil, cuidando de los movimientos y con el pensamiento de que en su Patria habrá de responder de este pequeño disgusto que le ha proporcionado el no triunfar como deseaba. Ahora su pensamiento está allí constantemente, porque ha firmado ya algunos contratos con Algara, empresario de la Plaza de El Toreo. Son innumerables las peticiones y es obsesión suya el cumplir. Como lo hizo entre nosotros, porque si ha dejado de torear un buen número de corridas es porque no se sentía en situación de dar lo que le exigían.

Arreglando papeles, visitando los centros oficiales, consultando los detalles para su pronta marcha, Silverio nos ha dado las últimas impresiones:

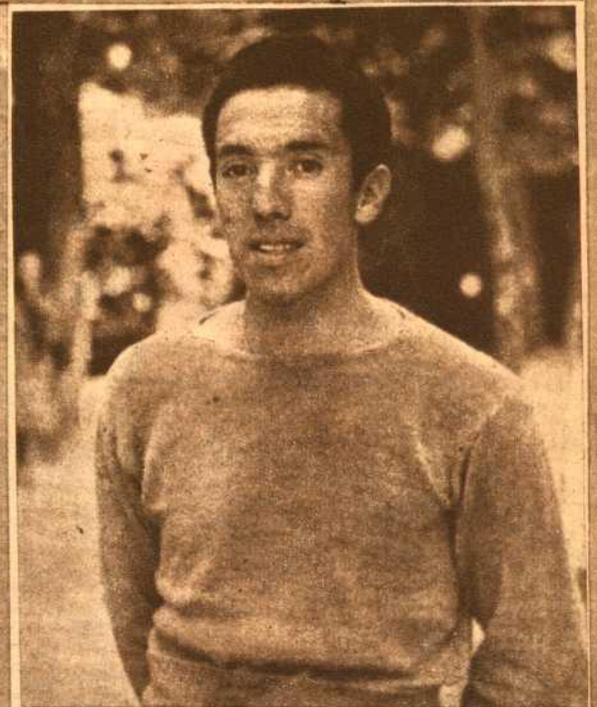
—¿Por qué te vas?
—He contraído, créeme, una enfermedad nerviosa. He comprendido que mi labor no estaba a la altura de mi nombre, y antes de ponerme en evidencia, prefiero el alejamiento. Me marché junto a los míos, que para mí han sido principales colaboradores en esta inquietud, porque no puedo estar fuera de ellos. Ansío llegar y darles un abrazo, conocer a mi hijo, y allí recobrar de nuevo la quietud.

—Pero, ¿nada que pueda haber influido con relación al toreo?

—Eso no puede pensarlo nadie. Yo no encontré dificultad alguna entre lo nuestro y lo que aquí se practica. Vine pensando en que Manco-



En sus paseos por los jardines madrileños, Silverio Pérez se entusiasma con las vistas que le reserva el parque del Retiro



Con el atuendo deportivo es sorprendido durante una de las sesiones de gimnasia

lete era un gran torero y marchó con el mismo punto de vista. Sin embargo, encuentro a Arruza en plan arrollador, con ansias de conquista y con valentía sin límites. Eso ha sido lo que me agradó enormemente de la temporada en España. ¡Y Cañitas! Por voluntad, por constancia, por una ilusión inquebrantable.

—Pero, ¿volverás?
—Si es con los míos, sí. Prometo no volver a ausentarme de Méjico de no ser al lado de mi mujer y los hijos. Pero si me acompañaran, encantado de volver a visitar España y entonces presentarme en Madrid. Me causa gran dolor no tomar la alternativa en la principal Plaza de España, y si el aficionado se encuentra defraudado, yo lo estoy en mayor escala.

—Créeme —dice arrastrando las letras— que os quiero, y que el mejor propagandista de vuestra hidalguía será Silverio Pérez.

Cruza el brazo con nosotros. Dejando el coche, nos hace pasear junto a él. Habla sin interrupción. No es preciso preguntarle:

—Voy con ansia de triunfar en Méjico. Y te prometo que, de no tener suerte, me retiraría. No soy hombre de voluntad para aguantar fracasos continuados, y ello me obligaría a desistirme de practicar el toreo.

ONCE CORRIDAS TOREADAS Y PERDIDAS VEINTITANTAS

—¿Has toreado pocas?
—Once creo que fueron los contratos que cumplí. Pero la enfermedad me privó de haber logrado muchos más. Llegué ilusionado y marché a la altura con el alejamiento; si quieres, con nostalgia. España es muy acogedora, vosotros muy agradables y los compañeros son dignos de alternar con todos.

¡Gran corazón el de este mejicano! A su cuadrilla la ha recompensado, y en España gastará hasta el último céntimo que ha ganado.

Silverio Pérez no sabe —al menos, así lo insinuó— si es mejor lo de hoy, o si lo de antaño tenía defectos que ahora se corrigen. El cree que es difícil en todos los tiempos. Y que en España, como en su país, tenemos de todo: bueno, malo, y regular... Pero se torea cerca, se expone mucho, y el torero sale a triunfar, ansioso de aplausos, con la ilusión de conquistas.

JOSE CARRASCO

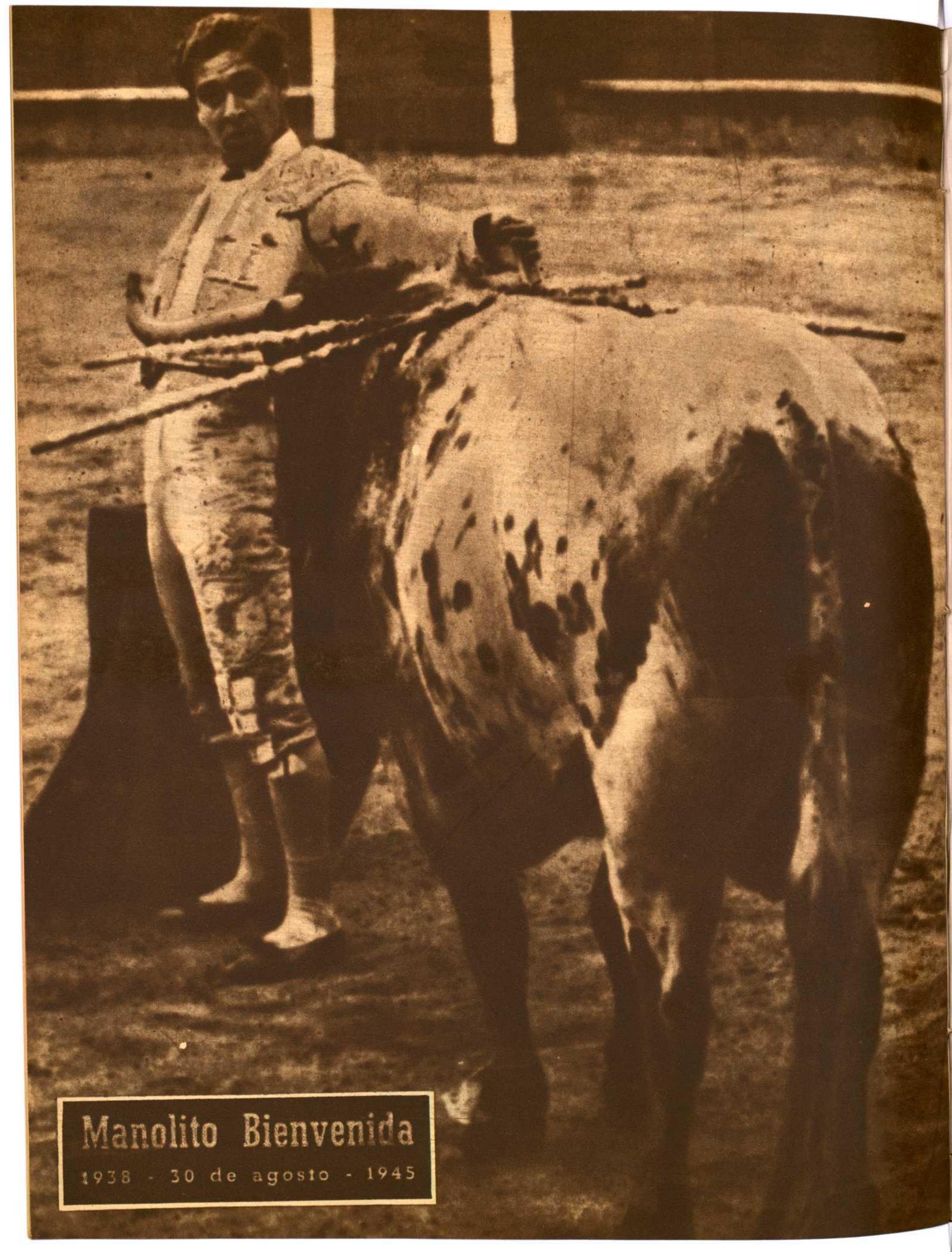


Silverio Pérez, visto el lunes último en Madrid

(Fots, Mari)

BALSAMO HAZUL
Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel
QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS
(Autorizado por la Censura Sanitaria)



Manolito Bienvenida

1938 - 30 de agosto - 1945



ENRIQUE
SEGURA

Un revolcón
(Dibujo de Enrique Segura.)



Toreros célebres: Vicente Segura.
(Dibujo de Enrique Segura.)